



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

Licenciatura en Relaciones Internacionales

Tesina de Grado

***“Cooperación espacial internacional: estudio de la relación
bilateral entre Estados Unidos y Rusia durante el periodo 2009-
2016”***

Alumno: COMINELLI, Sebastián (C-2961/1)

Director: Lic. DRISUN, Fabián

Rosario, Septiembre 2024



RESUMEN

Desde hace aproximadamente setenta años Estados Unidos y Rusia han desarrollado capacidades espaciales para la exploración y explotación del terreno ultraterrestre. A partir de la identificación de este entorno como un área fértil para impulsar el desarrollo tecnológico y el liderazgo internacional, ambos Estados identificaron a la política espacial como un instrumento de alta importancia de la política exterior. Pero lo que bien se presentó como un nuevo ámbito donde trasladar los conflictos y rivalidades, pronto se ordenó como un campo donde podían convivir intereses compartidos. En este sentido, EEUU y Rusia encontraron en la lógica de cooperación una forma de vinculación que no solo les redituaba beneficios mayores de los que percibirían actuando de manera unilateral, sino también que funcionaba como una estrategia diplomática para amortiguar rispideces de otras áreas de la agenda bilateral.

De esta manera, el presente trabajo de investigación se propone analizar la cooperación entre EEUU y Rusia en el ámbito de la política espacial durante el periodo 2009 y 2016. Para esto, se describirán los ejes principales de la política exterior de ambos Estados durante el periodo de estudios. Se identificará el rol de la política espacial en la política exterior de Rusia y EEUU durante el periodo en estudio y, por último, se analizarán los ejes de cooperación adyacentes a los proyectos, programas y misiones espaciales de ambos actores durante el periodo en estudio.

Palabras claves:

Espacio exterior – Estados Unidos – Rusia – Política espacial – Cooperación – Interdependencia

ÍNDICE

GLOSARIO	4
INTRODUCCIÓN	5
Marco teórico y conceptual.....	11
Marco metodológico	14
CAPÍTULO I	16
I.1. La Pos Guerra Fría: antesala del cambio	16
I.2. Momento de la “No polaridad”: Globalización, Interdependencia, Multilateralismo	19
1.3 Pragmatismo: base del vínculo bilateral	31
CAPÍTULO II	33
II.1. Espacio Exterior: el horizonte alternativo	33
II.2. Políticas Espaciales: el instrumento para la cooperación	41
CAPÍTULO III	53
III.1. Cooperación Espacial Bilateral: interdependencia tecnológica	53
III.2. Acercamiento selectivo	56
III.3. Alternativas políticas.....	64
CONCLUSIÓN	68
BIBLIOGRAFÍA	73

GLOSARIO

AGNU Asamblea General de Naciones Unidas

COPUOS Comisión de Naciones Unidas sobre la Utilización del Espacio Ultraterrestre con Fines Pacíficos

UNOOSA Oficina de las Naciones Unidas para Asuntos del Espacio Ultraterrestres

EI Estación Espacial Internacional

NASA Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio

ROSCOMOS Corporación Espacial Estatal

ASTP Proyecto de Pruebas Apollo-Soyuz

ASAT Sistema Anti-satélites

FTP Programas Federales Objetivos

FSP Programa Federal Espacial

TCBM Medidas de Transparencia y Construcción de Confianza

LRO Órbita de Reconocimiento Lunar

MSL Laboratorio Científico de Marte

HEND Detector de Neutrones de Alta Energía

START Tratado de Reducción de Armas Estratégicas

INTRODUCCIÓN

El escenario internacional de principios del siglo XXI presentó diferencias significativas respecto al periodo de Guerra Fría, tanto en la distribución de sus elementos constitutivos y las formas de vinculación entre ellos, así como también en las maneras de abordar la realidad internacional. Por aquel entonces, las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y Rusia estaban fuertemente marcadas por una agenda de conflicto y rivalidad, donde los elementos materiales constituían la principal fuente de poder y componían el plexo de herramientas predilectas para el diseño de la política exterior. No obstante esta dinámica antagónica, se pueden identificar márgenes propicios para la creación de vínculos de cooperación, que no solo lograron perdurar en el tiempo, sino que fueron fundamentales para la creación de regímenes internacionales. Particularmente, un ámbito claro desde donde se han estrechado las relaciones bilaterales fue en el marco de la exploración espacial.

Desde la inauguración de la era espacial a finales de los años cincuenta, ambas potencias identificaron al espacio exterior como un área fértil para impulsar desarrollo tecnológico de punta y posicionarse a la vanguardia de la carrera armamentística. Pero lo que bien se presentó como un nuevo ámbito donde trasladar el conflicto bipolar y la escalada de tensiones, haciendo cada vez más probable la posibilidad de destrucción mutua, pronto se ordenó como un campo donde podían convivir intereses compartidos, y sobre todo donde la cooperación bilateral funcionaria como estrategia diplomática ante tensiones políticas, económicas o de carácter militar.

La política espacial juntamente con la política tecnológica se ha constituido tradicionalmente, y cada vez más, como un elemento de alta importancia de la política exterior de los Estados para la construcción de poder, entendido en su carácter estratégico militar, político, económico y/o científico. En este sentido, las agencias gubernamentales de los diferentes países aprovechando la revolución tecnológica iniciada a fines del siglo XX, se han volcado en mayor medida y a gran escala al desarrollo de políticas espaciales activas. A su vez, el valor y la significación que les aporta el desempeñarse en estas actividades han representado una motivación adicional para lanzarse al espacio exterior. En otras palabras, las actividades espaciales se han presentado como parte de políticas

que incrementan el prestigio de una nación y sobre todo consolidan el liderazgo y la influencia internacional (Johnson, 2011).

Del mismo modo en el que fueron abordadas las relaciones bilaterales entre las dos superpotencias, los estudios abocados a analizar las políticas espaciales de los Estados y sus respectivas actividades desarrolladas en ese ámbito también giraron en torno a las rivalidades militares y estratégicas. Particularmente el concepto de “Carrera Espacial” circunscribió las interpretaciones a una lógica imbuida por la competencia y el conflicto, y relacionada a principios como el de seguridad nacional. No obstante, la realidad plantea que a partir del momento en el que el espacio ultraterrestre se convirtió en un ámbito político, aparecieron de inmediato áreas para la cooperación entre las principales potencias. Más aún, por medio de la cooperación internacional y los compromisos asumidos por los países en materia de control y de desarrollo tecnológico, los programas espaciales nacionales han reorientado sus acciones en virtud de aprovechar al máximo la utilización de la tecnología espacial.

Estados Unidos y Rusia llevan desarrollando capacidades espaciales desde hace aproximadamente setenta años. Concretamente, las diferentes administraciones de uno y otro país fueron delineando principios, objetivos e intereses en materia de política espacial de acuerdo con múltiples factores. Tanto las realidades internas y externas, como la propia coyuntura internacional, fueron determinantes para definir el modo de inserción en el espacio ultraterrestre. Sin embargo, dentro de este ámbito, la cooperación ha sido elegida en numerosos casos como la vía más adecuada para el emplazamiento de la política espacial. Estados Unidos y Rusia han recurrido, y continúan haciéndolo, a acuerdos bilaterales o multilaterales con el fin de obtener un mejor resultado para sus intereses geoestratégicos. Aún más, han encontrado en la lógica de cooperación una forma de vinculación que no solo les reditúa beneficios mayores de los que percibirían actuando de manera unilateral, sino también que funciona como una instancia de acercamiento fundamental para amortiguar las rispideces de otras áreas de la agenda bilateral (Pirateque Perdomo & Martínez Cruz, 2021).

En este marco, las relaciones bilaterales entre EEUU y Rusia que se inauguraron tras la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca en el año 2009 estuvieron compuestas en buena medida por lineamientos orientados hacia la cooperación mutua. En un contexto internacional atravesado por un conjunto de desafíos que planteaban serios problemas

para la estabilidad del sistema financiero, la seguridad global y el surgimiento de nuevos centros de poder, la policía exterior de la administración de Obama se centró en privilegiar la diplomacia, el multilateralismo y la cooperación internacional. Por su parte Rusia, encabezado por la figura y el liderazgo de Vladimir Putin desde inicio del siglo XXI, venía atravesando un profundo proceso de reformas internas que tenían como objetivo la reconstrucción del Estado. Durante este periodo el país se vio ciertamente relegado de la escena internacional, pero una vez consolidado el poder político a nivel estatal, Rusia apuntó a reinsertarse con una política exterior más activa, que tenía en cuenta una posible reconfiguración de las relaciones y acercamiento con su antiguo rival.

En tal sentido, las relaciones bilaterales que se establecieron a partir de la llegada de Obama a la presidencia estadounidense y que coincidía con el gobierno tándem en Rusia, siendo Dimitri Medvedev el presidente y Vladimir Putin como primer ministro, se definieron en base a una intención de acercamiento y entendimiento mutuo. Desde ambas administraciones se entendía que las relaciones bilaterales habían quedado bloqueadas por crisis del pasado y que era necesario “pulsar el botón de reinicio” para refundar el vínculo y lograr mayores niveles de confianza. Si bien detrás de este acercamiento se escondió un dejo de pragmatismo, los principios teóricos de esta política se fundamentaron en una serie de consideraciones. En primer lugar, Rusia y EEUU guardaban áreas de intereses compartidos desde las cuales se podía traccionar una política cooperativa. En segundo lugar, el vínculo debe plantearse en un sentido multidimensional, es decir, que puedan incluirse asuntos más sensibles junto con otros más laxos y que unos sirvan para destrabar otros. En tercer lugar, la implicación mutua es el medio a través del cual se puede crear un juego de suma positiva donde ambas partes salgan ganando y se pueda así avanzar hacia la profundización de confianza necesaria para alcanzar acuerdos. Finalmente, a los fines de impulsar un acercamiento mutuo sería necesario evitar que se vincule innecesariamente la cooperación con otros problemas, es decir que se la condicione con la resolución de estos. Dentro de este esquema que pretendía renovar el vínculo político con el objetivo de consolidar una cooperación selectiva en áreas de interés común para lograr gradualmente un mayor entendimiento en otros ámbitos de importancia, la política espacial y el espacio exterior como dimensión política, surgió como un área prolífica para la cooperación (Morales, 2012).

Por ello, en función de estas estas consideraciones, el presente trabajo de investigación plantea como interrogante general: ¿Cómo fueron las relaciones entre EEUU y Rusia en el ámbito de la cooperación espacial durante el periodo que se extiende desde 2009 hasta 2016?

Para tal propósito y con el objeto de ahondar dicho interrogante, se plantean las siguientes preguntas específicas que guiarán la investigación: ¿Cómo definió cada administración su política exterior y su política espacial dentro del escenario internacional conformado durante el periodo estudiado? ¿Cuáles fueron los intereses y objetivos que guiaron las respectivas políticas espaciales de cada administración? ¿Qué proyectos, programas o misiones de cooperación espacial tuvieron lugar durante el periodo en estudio?

A modo de hipótesis, el presente trabajo sostiene que tras la llegada de Barack Obama a la presidencia de EEUU en 2009 y a lo largo de sus administraciones, al tiempo que Rusia era administrada por Vladimir Putin, las relaciones bilaterales interdependientes buscaron reeditarse tomando de base áreas de interés compartido. En este marco, el espacio ultraterrestre se identificó como un campo propicio para emprender la cooperación y desarrollar actividades conjuntas.

Para dar cuenta de la investigación, se propone como objetivo general analizar la cooperación entre EEUU y Rusia en el ámbito de la política espacial durante el periodo 2009 y 2016. En ese sentido, los objetivos específicos que se plantean son: Describir los ejes principales de la política exterior de ambos Estados durante el periodo de estudios; Identificar el rol de la política espacial en la política exterior de Rusia y EEUU durante el periodo en estudio; y, por último, analizar los ejes de cooperación adyacentes a los proyectos, programas y misiones espaciales de ambos actores durante el periodo en estudio.

Estado del Arte

Acerca de las indagaciones preliminares relativas al tema de investigación es preciso nombrar, en primer lugar, un conjunto de obras que tienen por objeto la construcción de categorías conceptuales que abordan la política espacial como un elemento insoslayable de la política exterior de los estados. Principalmente los trabajos desarrollados por académicos estadounidenses elaboran, si bien con diferencias, el concepto de poder espacial a través de la identificación de los elementos necesarios para el desarrollo de una política espacial (Oberg, 1999; Lupton, 1998; Logsdon, 2006; Dolman, 2001). También es pertinente mencionar quienes han trabajado la política espacial desde la perspectiva de la seguridad (Moltz, 2011; Chun, 2001; Sheenan, 2007; Schrogl & Hays & Robinson & Moura & Giannopapa, 2014).

En relación con las reglas y normas que rigen y han regido históricamente las conductas y actividades de los distintos agentes con capacidades de desempeñarse en el espacio exterior, hay una amplia producción bibliográfica, que va desde documentos oficiales emitidos por organizaciones internacionales como ONU, hasta libros y revistas especializadas que se dedican exclusivamente al tema. Dentro de los principales aportes se destacan en primer lugar (Lach, 1972; Diederiks-Verschoor & Kopal, 1999; Von der Dunk, 2015; Jakhu, 2017), quienes aportan material introductorio sobre las leyes espaciales. En segundo lugar, varios autores que abordan la legislación desde el enfoque de la seguridad espacial (Abeyratne, 2002; Moltz, 2014). Y finalmente un conjunto de autores que realizan un recorrido evolutivo sobre las normas, reglas y leyes que han regulado el espacio ultraterrestre (Sadeh, 2002; Valinotti, 2017; Doyle, 2002).

En otro orden, existe una amplia bibliografía que tiene por objetivo dar cuenta sobre el desarrollo de la actividad espacial durante el siglo XXI, destacándose particularmente (Johnson-Freese, 2016; Moltz, 2019).

Para introducir una completa noción del devenir histórico de las políticas ultraterrestres tanto de los Estados Unidos como de, primero URSS y luego Rusia, y sus relaciones en torno a esta área de investigación, (Evans, 2009-2014; Zimmerman, 2003; Launius, 2018; Krige, Long Callahan & Maharaj, 2013) realizan un amplio recorrido desde la década del 70 hasta el siglo XXI aportando un tratamiento histórico sobre la evolución de ambos países como potencias espaciales.

Respecto a la cooperación espacial internacional, parte de la bibliografía tiende a orientarse a temas relacionados con los esfuerzos conjuntos realizados por los diferentes Estados para la configuración de un régimen internacional en materia aeroespacial dentro del marco de las Naciones Unidas (Gardener, 1963; Bloomfield, 1965, Aparicio Gallego, 2012).

Otra parte del material disponible sobre este punto suele concentrarse más bien en el carácter cooperativo de las políticas espaciales, destacando los beneficios y potencialidades que surgen de actividades conjuntas con fines de exploración científica y desarrollo tecnológico (Logsdon, 2001; Mineiro, 2011; Sadeh, 2001-2016; Moltz, 2014).

El abordaje de las políticas espaciales de cada Estado queda relevado por un conjunto de artículos y publicaciones que dan cuenta de los objetivos prioritarios y principios centrales que guían el diseño de dicha política. Para el caso estadounidense, (Santos Vieira de Jesús, 2013; Gutiérrez Espada, 2010; Samson, 2010; Lele, 2017). Para el abordaje de la política espacial de Rusia, (Aliberti & Lisitsyna, 2019; Edelkina, Karasev & Velikanova, 2015; Jackson, 2018; Luzin, 2016).

Finalmente cabe destacar trabajos que se han concentrado específicamente en la cooperación espacial entre Estados Unidos y Rusia (Shelby, 2017; Logsdon & Williamson, 1995; Piratque Perdomo & Martínez Cruz, 2021; Domínguez López 2016).

Marco teórico y conceptual

A los efectos de esta investigación, y de acuerdo con el objeto de estudio, los aportes teóricos y conceptuales de la Teoría de la Interdependencia Compleja, desarrollados por Robert Keohane y Joseph Nye, resultan sumamente pertinentes. Los autores definen a la interdependencia como dependencia mutua, es decir como una situación donde las acciones de los actores tienen efectos recíprocos entre los países o entre los actores de diferentes países. Aún más, distinguen que la interdependencia rara vez es simétrica en el sentido que afecta por igual a todas las partes, por lo que, si bien puede ser un elemento fundamental para la cooperación, no descartan la posibilidad de conflicto (Tokatlian & Pardo, 1990).

A su vez, en su libro “Poder e Interdependencia” (1988), Keohane y Nye introducen las características principales que conforman el modelo de interdependencia compleja, y que por lo tanto condicionan las acciones de los actores en sus relaciones mutuas. Al determinar los elementos constitutivos, destacan en primera instancia la existencia de múltiples canales de interconexión e interpretación entre las sociedades; es decir reconocen la necesidad de agregar al análisis de política internacional las relaciones transnacionales entre las burocracias y los distintos agentes no estatales, que tienen una participación cada vez más activa y decidida en la realidad global en expansiva internacionalización. En segundo lugar, señalan una ausencia de jerarquía en los asuntos de política mundial; la agenda de las relaciones interestatales se ha ampliado en múltiples temas que no están colocados en una jerarquía clara o sólida, lo que significa, entre otras cosas, que la seguridad militar no domina consistentemente la agenda y que los temas de otro orden adquieren mayor grado de importancia en la política internacional. En tercer lugar, resaltan un rol reducido de la fuerza militar como resultado, por un lado, de la percepción general de que los márgenes de seguridad se han ensanchado, y por el otro que más a menudo la fuerza no es un medio apropiado para lograr otras metas, o sea que su uso o amenaza no es necesariamente un *asset* que se transfiere, inmediatamente y de forma eficaz, a la heterogénea red de relaciones y negociaciones entre diferentes contrapartes. En suma, dadas estas características, los autores observan que existen dentro de las condiciones que plantea el escenario de interdependencia compleja, espacios para la cooperación y la armonización de intereses (Tokatlian & Pardo, 1990).

En el marco de esta teoría, se distinguen tres situaciones fundamentales. Una situación de armonía, en donde las políticas de los actores facilitan automáticamente el logro de los propósitos de los otros. Una situación de cooperación, que requiere que las acciones individuales de los diferentes actores se ajusten a través de un proceso de negociación y coordinación política. Una situación de discordia, en la que los gobiernos consideran que las políticas de los otros obstaculizan el logro de sus metas y se hacen mutuamente responsables de estas imposibilidades. En este sentido, la discordia a menudo conduce a que los actores destinen sus esfuerzos a inducir a otros a que cambien sus acciones; pero cuando estos esfuerzos hallan resistencias, el resultado es un conflicto de políticas. Mientras que, si estos intentos de adaptación de políticas logran encaminarse hacia puntos más compatibles, el resultado es cooperación. Por lo tanto, la forma en la que los Estados orienten sus políticas respecto a la de los demás será determinante para el tipo de vínculo que se desarrolle (Keohane & Nye, 1988).

En suma, la cooperación se define como un proceso a través del cual las políticas seguidas por los gobiernos llegan a ser consideradas por los asociados como acciones que facilitan sus propios objetivos, como resultado de la coordinación de políticas. Por lo que la cooperación implica la adaptación mutua y según Keohane, solo puede surgir del conflicto o del conflicto potencial (Keohane, 1988).

A partir de este enfoque, surgirán a lo largo de la investigación conceptos claves necesarios de ser definidos para lograr una mejor interpretación. El conjunto de términos a considerar refiere a aquellos relacionados con el ámbito espacial. Entre ellos, el espacio ultraterrestre se entiende como el espacio de interés internacional situado más allá del espacio aéreo cuya exploración y utilización, está sometida a un régimen jurídico fundado en los principios de la libertad e igualdad de uso, la no apropiación nacional, la desnuclearización y desmilitarización, la utilización pacífica y la cooperación internacional y la asistencia mutua.¹

¹ El concepto surge de la interpretación del conjunto de artículos que componen al *Tratado sobre los principios que deben regir las actividades de los Estados en la exploración y utilización del espacio ultraterrestre, incluso la Luna y otros cuerpos celestes*, (resolución 2222 (XXI) de la Asamblea General, anexo), aprobado el 19 de diciembre de 1966, abierto a la firma el 27 de enero de 1967, entró en vigor el 10 de octubre de 1967.

Otro concepto de este conjunto es el de política espacial, que debe ser diferenciado de políticas espaciales. Mientras que el primero refiere, tanto al proceso de formación y cambios de políticas a lo largo del tiempo, como a los cursos de acción tomados para alcanzar determinados resultados que abarcan múltiples áreas como medioambiente, derecho, comercio, cooperación internacional y seguridad nacional; el segundo implica el proceso mediante el cual las condiciones históricas, las razones e intereses, los actores y las instituciones, interactúan e impactan en la definición de la agenda y en la formulación e implementación de estas (Sadeh, 2004).

Finalmente cabe destacar dos conceptos que se constituyen como elementos propios de la política espacial. El primero de ellos es el poder espacial entendido como “la habilidad de un Estado o un actor no estatal de alcanzar sus metas y objetivos en presencia de otros actores en el escenario mundial, mediante el control y la explotación del ámbito espacial” (Jussel, 1998). El siguiente es el concepto de diplomacia espacial, y presenta dos dimensiones fundamentales. Por un lado, la diplomacia espacial está especialmente enfocada en contribuir a la gobernanza global del espacio ultraterrestre, lo que implica abordar de manera mancomunada los desafíos emergentes del desarrollo de la activada espacial, garantizando su uso y exploración en provecho e interés de todos los países y de la humanidad.² Por otro lado, para la diplomacia espacial la cooperación internacional representa tanto un medio como un propósito. Es un medio en cuanto a que busca expandir las oportunidades de colaboración internacional para que el acceso, uso y exploración del espacio no sea un ámbito reservado únicamente a los países más desarrollados científica y tecnológicamente; y es un propósito a partir de que procura fomentar la cooperación internacional como un presupuesto fundamental de la convivencia pacífica y la armonía internacional (Mac Garry, 2023).

² Definido jurídicamente como *res communis omnium*, el espacio ultraterrestre se compone como un espacio que no está sujeto a ninguna jurisdicción nacional, y por lo tanto ningún Estado puede reclamar derechos de soberanía sobre él o sobre cualquier cuerpo celeste (U.N., 2017).

Marco metodológico

En lo concerniente a la metodología general a aplicar en la investigación, es de carácter cualitativo. En este sentido, se recurre a fuentes de tipo primarias, como discursos políticos y declaraciones oficiales, así como también documentos, tratados y estatutos de organizaciones nacionales e internacionales. Por otra parte, también se utilizan fuentes secundarias, como libros y publicaciones especializadas sobre el fenómeno, artículos académicos, investigaciones e informes de diversas áreas, tanto públicas como privadas. De esta manera se pone el foco en los actores, sus intereses y objetivos individuales y compartidos; así como también se prestará atención a los contextos particulares dentro de la coyuntura determinada.

Para la realización de la investigación se adopta un diseño metodológico analítico explicativo, en tanto se analizan factores, cursos de acción resultantes, efectos consecuentes y valorizaciones particulares. Para tal propósito, se utiliza como principal técnica de investigación y producción de datos, una amplia búsqueda y recopilación de bibliografía existente especializada y relevante para tal objeto de estudio, con la intención de obtener información apreciable para el desarrollo de la investigación.

Consideramos que este trabajo de investigación resulta de gran importancia de ser llevado a cabo, por presentar un carácter relevante e innovador para la comunidad académica de las Relaciones Internacionales y, en particular, en nuestra casa de estudios, al no haber producciones semejantes. Si bien existe una amplia variedad de libros, trabajos y publicaciones sobre esta área de la política exterior, los mismos suelen tener una orientación de carácter más bien securitario, estratégico y militarista, y no tanto sobre las nociones de cooperación, dejando a las mismas en un espacio más relegado.

En este sentido, este objeto de investigación merece ser estudiado en mayor amplitud, ya que la producción de conocimiento sobre esta temática resulta de gran valor para la comprensión más cabal de las formas y mecanismos que sirven de base para la construcción la cooperación bilateral y multilateral. En este caso, la política espacial que se presenta como la dimensión sobre la cual se erige la cooperación. Además, el valor de un trabajo de investigación sobre esta temática debe ser pensado en relación con el desarrollo constante y creciente de la actividad espacial de los países, los cuales cada vez

más destinan buena parte de sus presupuestos a programas espaciales para diversos fines, ya sean económicos, científicos-tecnológicos, militares, civiles, políticos.

Para analizar la cooperación bilateral en materia de política espacial entre Estados Unidos y Rusia durante el periodo que se extiende de 2009 hasta 2016, coincidente con las administraciones de Barack Obama, Dimitri Medvedev y Vladimir Putin respectivamente, la presente investigación se estructurará en tres capítulos centrales.

En el primero de ellos, se pretende describir los ejes principales de la política exterior de ambos gobiernos. Para ello se trazará un recorrido que abarque desde componentes que construyeron la coyuntura interna, hasta los principales elementos de la realidad externa de cada Estado. Con ello se busca describir el rol que desempeñaron dentro de esta coyuntura y los principales lineamientos que guiaron sus políticas exteriores. En el segundo capítulo se identificarán las definiciones que una y otra administración hicieron en materia de política espacial y el rol que ocuparon dentro de la política exterior. A su vez, se observará cómo se desarrollaron dentro de un régimen internacional determinado. Planteado este marco, en el tercer capítulo, se analizarán los ejes de la cooperación espacial entre EEUU y Rusia. A tal efecto observaremos cómo se entrecruzan esos lineamientos y se establecieron las bases para la cooperación. En este punto, se pondrá el foco en los vínculos cooperativos, especialmente aquellos entablados dentro del ámbito espacial y plasmado en un conjunto de programas, iniciativas, misiones y trabajos conjuntos, que dan cuenta de los intereses compartidos que suscita este campo.

CAPÍTULO I

I.1. La Pos Guerra Fría: antesala del cambio

Luego del desmembramiento de la URSS en 1991, se inició una nueva fase en las relaciones internacionales marcada por la consolidación de los principios e ideales del liberalismo occidental y la consecuente consagración de la hegemonía estadounidense por sobre el relegamiento internacional de la recién formada Federación Rusa. En este punto surgieron diversas interpretaciones y lecturas sobre la naturaleza y características del nuevo orden internacional, que suponían entre otras cosas “el fin de la historia”, como bien lo planteó Francis Fukuyama (1992) o la conformación del “orden unipolar” según Charles Krauthammer (1990). Pero este paradigma de supremacía norteamericana que bien se extendió durante la década de los noventa y los primeros años del siglo XXI, pronto comenzó a evidenciar signos de deterioro y agotamiento; al punto que terminó por despertar nuevas expectativas y demandas de cambio.

Sobre la base de estas expectativas de cambio, tanto en EEUU como en Rusia, se fue preparando la antesala para la llegada de nuevos gobiernos con aspiraciones de insertarse en el escenario internacional bajo perspectivas diferentes y renovadas.

- *Estados Unidos*

Para comprender los fundamentos de la administración Obama, antes consideramos observar la naturaleza de la administración Bush, puesto que las tendencias y lineamientos del presidente republicano sentaron la marca desde la cual el nuevo mandatario buscó tomar distancia.

La administración de George W. Bush buscó seguir desarrollando un rol de primacía bajo una serie de ideales neoconservadores articulados bajo el principio de seguridad nacional. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, la política exterior americana acentuó el carácter neoconservador y dejó en claro su predilección por los instrumentos de poder duro. George W. Bush resaltó los supuestos del excepcionalismo americano y plagó de componentes religiosos los discursos políticos. A su vez, la urgencia de la guerra contra el terrorismo sirvió de pretexto para centralizar y acelerar los procesos de tomas de decisiones sobre política exterior y otorgar mayores prerrogativas a los

organismos de inteligencia, muchas veces en detrimento de las libertades individuales. En esta línea, la administración republicana le declaró la guerra a Afganistán, forzó la inclusión de la guerra contra Irak y elaboró una nueva estrategia de seguridad nacional basada en la acción preventiva, decidiendo que EEUU podía actuar unilateralmente desconociendo las constricciones derivadas de las instituciones internacionales y del Derecho Internacional (Busso, 2006).

Este momento marcado por la primacía de herramientas de poder duro y atravesado por lecturas que exaltaban la supremacía americana tanto en términos militares, económicos y políticos, como también en sus principios morales, culturales y religiosos, siendo estos los elementos utilizados para legitimar acciones unilaterales desmedidas, se constituyó como la antesala de un periodo de cambios. Como bien ha observado Joseph Nye (2003), el poder duro de los EEUU no ha disminuido, por el contrario, se ha incrementado. Lo que se ha visto afectado fue sobre todo su poder blando y capacidad de influir. Por lo tanto, para que EEUU conserve su fortaleza, no es suficiente el poder militar y económico, sino el ejercicio de una forma indirecta del mismo mediante la cual se busque proyectar la idea de que las acciones que emprende EEUU en el plano externo son coincidentes con el bien común de la sociedad internacional. Ciertamente, de ahí surge la urgente necesidad del gobierno de Obama de impulsar un cambio y promover espacios y prácticas multilaterales y cooperativas. La nueva administración recogió este diagnóstico y en efecto se propuso remediar los problemas creados por su antecesor, impulsando cambios tanto en política interna como en política exterior (Del Prado, 2009).

- *Rusia*

Las demandas de cambio surgieron mucho antes en la Rusia pos soviética. Principalmente como consecuencia de un decenio caótico marcado por las políticas neoliberales y pro-occidentales que terminaron por minar la autoridad estatal y su capacidad administrativa. En este contexto, el país quedó desmembrado internamente y bajo una condición de irrelevancia política en el escenario internacional. En consecuencia, los sentimientos negativos de la población rusa comenzaron a manifestarse cada vez más a favor de la llegada de un gobierno fuerte dispuesto a restaurar el orden en Rusia (Kovalev, 2000).

El testimonio más evidente de esta voluntad de cambio se expresó con el crecimiento exponencial de la figura de Vladimir Putin y su posterior llegada al poder en el año 2000.³ Bajo el planteo de retomar el control de Estado, impulsar la economía nacional e integrar a Rusia a un mundo globalizado, restablecer la influencia política sobre los espacios de las ex repúblicas soviéticas y sobre todo con la promesa de recuperar el lugar de primera importancia en el mundo, Putin logró consolidar su posición dentro de las estructuras de poder. Esta consolidación en la presidencia se vio acompañada por la introducción de una importante actividad reformadora que buscaba romper con varios aspectos del pasado reciente. Especialmente en el ámbito de la política interna, los diversos cambios institucionales apuntaron a reforzar la vertical de poder y fortalecer el papel del Estado. En el ámbito económico y financiero también buscó reencausar el rol del Estado, restituyéndole la administración de los sectores estratégicos para impulsar el desarrollo y la modernización (Zamorano, 2005).

Sin embargo, lo más importante a destacar, es el peso político que Putin logró construir con la consolidación de la reforma interna. Con el consenso generalizado tanto dentro de los círculos dirigenciales como en la opinión pública, el líder ruso logró imponer su decisión de reorientar la política exterior en relación con los EEUU. Partiendo de una percepción fundamentada en el pragmatismo, Putin consideró que la mejor forma de neutralizar la hegemonía americana sería a través de la integración y la cooperación. De esta forma, Rusia moderó las posturas de confrontación y optó más bien por jugar un rol activo en el sistema internacional siguiendo las reglas imperantes.⁴

³ En la mente de las masas, Putin era percibido como el político joven y decidido con la capacidad necesaria para imponerse frente a las figuras que representaban al antiguo gobierno y que traía consigo una nueva era de cambios y especialmente el ansiado sentimiento de orden y estabilidad. Gradualmente la opinión pública fue sustentando el apoyo a Putin en la medida que se lo consideraba como una alternativa tanto a la restauración comunista como a la incompetencia de los demócratas y liberales (Kovalev, 2000).

⁴ Las evidencias más significativas de este giro en la política exterior será tras los atentados del 11-S, cuando el presidente ruso brindó un inmediato apoyo al gobierno estadounidense, y tras la Cumbre de Moscú en mayo de 2002 donde con motivo de la lucha internacional contra el terrorismo global, ambos dirigentes firmaron el acuerdo SORT para reducir la cantidad de armas nucleares estratégicas y manifestaron un claro compromiso por extender la cooperación bilateral

No obstante haber generado una colaboración fructífera entre ambos países, en base a una visión compartida sobre la seguridad y la lucha antiterrorista, llegando a la fase final de ambos mandatos parecieron reflotar viejas dinámicas de enfrentamiento. Principalmente las tensiones entre Washington y Moscú reaparecieron tras una sucesión de hechos que amenazaron la seguridad rusa e implicaron un avance sobre sus intereses nacionales. En primera instancia la OTAN aprobó definitivamente en abril de 2008 la instalación del escudo antimisiles en Polonia y República Checa. En segundo lugar, en la misma cumbre, EEUU apoyó la candidatura de Georgia y Ucrania para el ingreso en la alianza, en detrimento de los intereses y sensibilidad de Rusia. En tercer término, EEUU y la mayoría de los países de la UE apoyaron la independencia de Kosovo. Por último, en el marco de la crisis georgiana, EEUU apoyó diplomáticamente a Tbilisi y la OTAN acordó con el gobierno de Georgia un aprovisionamiento de armamento una vez finalizado el conflicto bélico.

Estos acontecimientos inevitablemente significaron una escalada de tensiones entre Rusia y EEUU, pero dado las consecuencias de la crisis y la situación de vulnerabilidad y fragilidad estructural en la que quedaba Rusia, los dirigentes tomaron conciencia sobre la necesidad de reorientar las estrategias de inserción internacional. De esta forma, pensaron en un involucramiento más activo en la política y economía mundial, de cara a presentar una imagen más fiable del país ante la sociedad internacional. En efecto, tanto esto como la llegada de un nuevo gobierno estadounidense con renovadas ideas de cambio y predispuesto a un acercamiento mutuo con Rusia, se configuró un nuevo escenario proclive para la cooperación y el diálogo (Serra, 2009).

I.2. Momento de la “No polaridad”: Globalización, Interdependencia, Multilateralismo

A la par que la administración de George W. Bush se dedicaba de lleno a la guerra contra el terrorismo internacional, y la primera administración de Putin se encontraba inmersa en un proceso de reconstrucción y reforma estructural; para mediados de la primera década del siglo XXI, el fenómeno de la globalización se precipitaba de forma cada vez más vertiginosa, y el escenario internacional alcanzaba niveles de complejidad

en múltiples áreas, como desarrollo energético, defensa balística e intercambios de personas, entre otras cosas (Pifer, 2009).

que superaban cualquier enfoque doctrinario. Este será el principal desafío ante el cual se tendrán que amoldar las administraciones de Barack Obama, por un lado, y Dimitri Medvedev y Vladimir Putin por el otro.

Para caracterizar el periodo donde enmarcaremos estas administraciones, nos resulta adecuado recurrir a la conceptualización introducida por Richard Haass, al concebir al sistema internacional del siglo XXI como un sistema de no polaridad. Es decir, un mundo actual donde hay muchos más centros de poder, aparte de los Estados, que tratan de hacer valer su influencia ejerciendo diversos tipos de poder, incluso desafiando y socavando el poder de estos últimos. En este marco, organizaciones regionales y globales, organizaciones no gubernamentales y corporaciones, milicias y grupos terroristas, entre otros, adquieren roles y capacidades preponderantes mediante las cuales logran desconcentrar el poder y a volverlo más difuso (Haass, 2008).

La globalización, por su parte, fortaleció esta condición de no polaridad al operar muchas veces por fuera del radar de los gobiernos e incluso sin su consentimiento. En consecuencia, la globalización diluye la influencia de las principales potencias y en contramedida extiende las capacidades de los actores no estatales e incrementa el número de amenazas y vulnerabilidades que los Estados deben enfrentar. Según las interpretaciones de Richard Haass, el multilateralismo será el instrumento esencial para hacerle frente a los nuevos desafíos que se presenten en este escenario de no polaridad. Ya sea a través de los organismos multilaterales, los foros o grupos de países, mediante la conformación de alianzas o coaliciones *ad hoc*, o la firma de acuerdos con objetivos específicos, los Estados deberán fomentar un mayor grado de integración global y perseguir altos niveles de compromiso con el multilateralismo cooperativo a los fines de promover estabilidad y previsibilidad internacional (Haass, 2008).

Por su parte, la dinámica globalizadora, en cuanto fenómeno y proceso multidimensional, que se ha expresado a través de la intensificación, instantaneidad y ubicuidad de las interacciones políticas, económicas, científico-técnicas, sociales informativas, comunicativas y culturales transfronterizas, entre los actores estatales, transnacionales, subestatales e individuos, ha generado importantes transformaciones en la naturaleza, distribución y ejercicio del poder en el escenario internacional. (Del Arenal, 2008) El avance y crecimiento de los procesos de integración económica y financiera, el desarrollo y aplicación de nuevas tecnologías de la información, la emergencia de actores

no estatales con capacidad de injerencia en el escenario internacional y nacional y los cambios en la anatomía de los problemas globales lograron afectar de forma desigual a los diferentes subsistemas internacionales, regiones y actores, generando un mundo progresivamente más interconectado (Millan Acevedo, 2012).

- *Administración Obama*

Así planteado, este será el escenario desde el cual Barack Obama, el principal candidato demócrata en las elecciones de 2008, debió emprender para construir su plataforma presidencial. Partiendo de una concepción post-americana del orden mundial, que suponía el inexorable descenso de la primacía y el liderazgo estadounidense como consecuencia de un cambio en la distribución del poder global producto de la globalización y la creciente interdependencia, los lineamientos centrales de la política exterior de Obama se establecieron en base a una sensata y cuidadosa interpretación sobre los compromisos, los recursos y las limitaciones de las cuales disponían. En este sentido, dado que, desde la perspectiva del presidente, la globalización era el factor clave en la política internacional, la realidad es que en una era de creciente interdependencia ni siquiera un EEUU fuerte, era capaz de enfrentarse solo a los nuevos desafíos que se presentaban. Por ello, es que, desde la campaña electoral, el principal lineamiento que se patrocinó en política exterior fue el de retornar la diplomacia y el multilateralismo, recogiendo estas herramientas como estandartes de la nueva administración en contraposición a la de su antecesor (Singh, 2012).

El nuevo presidente de los EEUU llegó a la Casa Blanca con una multiplicidad de desafíos y urgencias que demandaban una atención inmediata. En el ámbito interno, la economía estadounidense atravesaba momentos críticos de profunda inestabilidad y fragilidad como consecuencia del *crash* financiero del 2008 y la posterior recesión. A su vez, la Reserva Federal debió enfrentar un creciente déficit presupuestario y una deuda soberana extranjera cada vez más abultada. Los niveles de desempleo, los índices de pobreza, el problema con las drogas y el fenómeno de la inmigración, también contribuían a una realidad doméstica desafiante y de descomposición social, que se veía exacerbada aún más por la extensión de los sentimientos y prejuicios raciales y xenófobos. Por su parte, la opinión pública también hacía notar su descontento y rechazo con la extensión de las guerras en el extranjero, y por el miedo generalizado ante posibles ataques terroristas como consecuencia de la radicalización del islam (Birnbbaum, 2016).

Después que las guerras en Afganistán y en Irak hicieran evidentes los altos costos militares y económicos, la opinión pública estadounidense se mostró cada vez más reticente para respaldar compromisos en el extranjero. En 2009 una encuesta realizada por el *Pew Research Center/Council on Foreign Relations*, arrojó que un 49% de los ciudadanos estadounidenses creían que “EEUU debía ocuparse de sus propios asuntos internacionales”, confirmando la mayor pluralidad jamás registrada en favor de una postura aislacionista. También encontró que el 44% de los americanos se inclinaban más por la vía unilateral considerando que “EEUU debe seguir su propio camino en asuntos internacionales, sin importar si el resto de los países están de acuerdo o no” (Singh, 2012).

En el ámbito externo, Obama heredaba de su antecesor dos frentes abiertos en Medio Oriente, uno en Irak y otro en Afganistán, como parte de una guerra contra el terrorismo mundial, que a todas luces había sembrado más amenazas y rencores que cosechado paz y orden. A la radicalización del islamismo más extremista se sumaba el surgimiento de autocracias poderosas que desafiaban las bases fundamentales del sistema internacional, alineándose unas con otras, brindándose apoyo político, militar, económico y financiero, y en especial que buscaban resguardar su influencia en áreas de intereses estratégicos. En este marco, países como China, Rusia, Irán, Corea del Norte, entre otros, se robustecieron como nuevos actores estatales con sólidas capacidades para poner en entredicho el rol de líder global que el país norteamericano supo ostentar (Singh, 2012).

Si bien, tanto a nivel nacional como en el nivel internacional los componentes que configuraban el panorama general eran múltiples y de naturalezas heterogéneas, la administración Obama respondió con una interpretación intermística del conjunto de variables. La conexión e interacción entre la política doméstica y la política exterior nunca estuvo tan relacionada; de modo que cuestiones como el terrorismo, el cambio climático, el comercio, las finanzas, los gastos militares, tuvieron una implicancia tal en la política doméstica, que difícilmente podía discutirse la política exterior de forma separada y autónoma (Laïdi, 2012). Esta conexión intrínseca bien podría ser identificada dentro de las reflexiones introducidas por el propio presidente norteamericano al manifestar que, “Es hora de tener un presidente que pueda crear consenso en nuestro país para emprender un rumbo igualmente ambicioso.”; y que, “Ha llegado la hora de renovar la confianza y la fe de nuestro pueblo —y la de todos los pueblos— en un país que luche contra los males inmediatos, fomente el bien absoluto y lidere el mundo una vez más.” (Obama, 2016)

De estas interpretaciones se hace evidente que, para Obama, el papel del Estado al interior del país como en el escenario internacional, había sido erosionado en su capacidad para liderar positivamente, por lo tanto, sanar la nación y reparar el mundo eran dos caras de una misma moneda de la administración; a través de un mensaje de cambio, esperanza y audacia se unificaron las agendas nacional y exterior bajo un mismo estandarte de consenso (Indyk, Lieberthal & O'Hanlon, 2012).

En materia de política exterior esto significó retomar la senda diplomática y del multilateralismo. De hecho, el eslogan de la campaña de Obama había sido el de “restaurar la reputación de EEUU en el mundo”. Por ello, una vez obtenida la nominación demócrata para la carrera presidencial, el candidato precisó en su plataforma el objetivo de renovar el liderazgo estadounidense en el mundo. A tal fin, se proponía reconstruir las alianzas, las sociedades y las instituciones necesarias para confrontar las amenazas comunes e incrementar la seguridad común. Considerando fundamentalmente, que la reforma de estas alianzas e instituciones no se obtendría mediante el hostigamiento a otros países para que cedan ante las demandas estadounidenses, sino a través del diálogo y el acercamiento multilateral, privilegiando espacios y foros internacionales como ONU., OMC., G-20, COP, APEC (Santa Cruz, 2017).

El punto más alto de esta posición puede observarse en el discurso de Barack Obama en la Academia Militar de *West Point* en mayo de 2014 al establecer que “algunos de nuestros más caros errores no vinieron de nuestra moderación, sino de nuestra disposición de apresurarnos a aventuras militares sin considerar detenidamente las consecuencias, sin construir apoyo y legitimidad internacional para nuestro actuar”; y al remarcar que:

“cuando los temas de preocupación mundial no impliquen una amenaza directa a EEUU, cuando surjan crisis que sacuden nuestra conciencia o empuje al mundo en una dirección más peligrosa pero que no nos amenace directamente, [...] en esas circunstancias no debemos ir solos. Más bien debemos movilizar a aliados y asociados para tomar medidas colectivas. Tenemos que ampliar nuestras herramientas, para incluir a la diplomacia y el desarrollo, las sanciones y el aislamiento, apelar al derecho internacional, y si es justo, necesario y eficaz, emplear la acción militar multilateral. En tales circunstancias debemos trabajar con otros, por que la acción colectiva en esas circunstancias es mucho más

posible que tenga éxito, más posible que sea sostenidas y posiblemente menos proclive a llevar a errores costosos.” (Obama, 2014, p. 3)

Siendo la diplomacia y el multilateralismo uno de los ejes principales de su política exterior⁵, la cooperación internacional reaparece como una herramienta prioritaria para abordar las amenazas y oportunidades que surgían de este escenario globalizado, interdependiente y multipolar, y que afectan en diferentes medidas no a uno sino a todos los Estados. De esta forma, la administración de Obama buscó emprender una política exterior donde la cooperación global y el liderazgo fueran parte de una misma estrategia, y a partir de la cual se pudiera avanzar sobre cuestiones importantes que representaran un desafío para todos, como el terrorismo internacional, la crisis financiera, el cambio climático, la proliferación nuclear, etc. A través de la identificación de intereses comunes en estos asuntos globales, Obama definió lo que algunos llaman, una “Estrategia de *Engagement*.” Mediante el *engagement* se intentó replantear los parámetros de la política internacional, incentivando a las partes interesadas a adoptar un papel más activo y comprometido en el establecimiento y aplicación de los derechos y las normas internacionales, bajo el supuesto de que la acción colectiva sería más efectiva y rentable, en términos de costos y beneficios, para enfrentar las problemáticas comunes (Singh, 2012).

Más allá que esta vocación multilateral será un punto cardinal, la Doctrina Obama se encuadró dentro una concepción de multilateralismo realista, en la medida en que supo combinar elementos de *soft power* y *hard power*. En este contexto de surgimiento de nuevos poderes, erosión del poder propio, y difusión del poder en un orden internacional cada vez más cambiante y desafiante, el presidente estadounidense fue pragmático a la hora de abordar los diversos frentes alrededor del globo, pero sin perder su visión progresista. Oponiéndose a las guerras innecesarias, pero no a todas las guerras; considerando todas las opciones sobre la mesa pero sin descartar la posibilidad de

⁵ Otros ejes fundamentales de la política exterior de la administración Obama giraron en torno a la retirada responsable de las tropas americanas en medio Oriente; avanzar hacia un compromiso constructivo en sus relaciones con los denominados *rogue states*, siendo los puntos más altos de este eje la normalización de las relaciones con Cuba y el acuerdo nuclear con Irán; consolidación de EEUU como pivote en Asia-Pacífico, representado por el impulso del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP)

negociar directamente con enemigos; apoyando y promoviendo las democracias liberales, pero reconociendo los defectos e imperfecciones del libre mercado; Obama desarrollo un enfoque de *Smart Power*, desembarazado de una ideología particular, reticente a los discursos moralistas y alejado de divisiones binarias, se hizo de margen para echar mano de los instrumentos más convenientes. (Singh, 2012) Bien así lo expresó en una entrevista para el *New York Times* en 2015 al manifestar “dialogaremos, pero conservaremos todas nuestras capacidades.” (Obama, 2015)

- *Administración Putin /Medvedev*

Para cuando los efectos de la globalización y la dinámica de la interdependencia resaltan la configuración de un nuevo orden internacional, Putin ya percibía los primeros frutos de su proceso de reforma. Como resultado, la economía experimentó un crecimiento exponencial del 6.8% promedio entre el 2000 y 2004, y con una balanza comercial superavitaria, siendo el sector energético el que registraba el mayor dinamismo, aportando la tercera parte del PBI y la mitad de los ingresos del comercio exterior. En materia política, los efectos de la reforma también arrojaron resultados favorables, en cuanto a que el índice de aprobación promedio osciló entre el 70% y el 80%, y, para las elecciones del siguiente periodo, Putin era el candidato indiscutido al no haber fuerzas de oposición organizada y con peso político (Zubelzú, 2004). En suma, a partir de la recuperación nacional, Rusia adquirió recursos y capacidades para desarrollar una política exterior autónoma e independiente de Occidente, guiada por sus propios intereses y sustentada por la solidez y fortaleza construidas a partir del capital político de Putin.

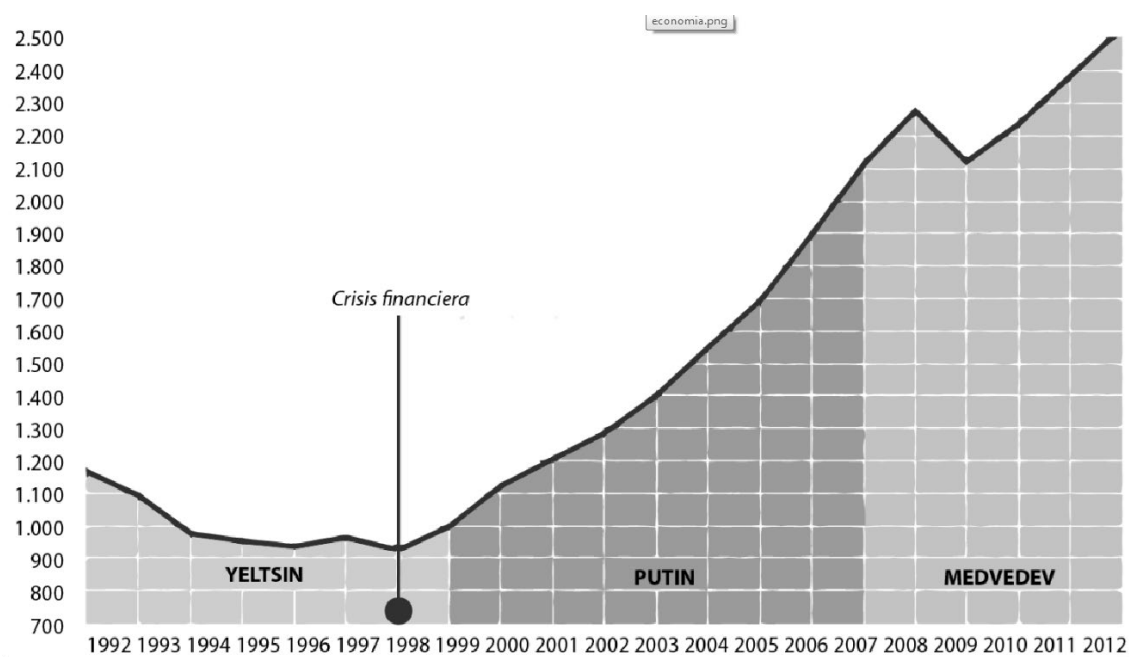


Figura 1 PIB de Rusia desde la caída de la URSS (expresado en billones de USD 2012) (Mestre, 2013).

Por otra parte, esta inserción internacional bajo sus propios principios y con resguardo de sus capacidades de decisión, surgió como resultado de la propia evolución de Rusia en la nueva era de globalización e interdependencia, y, en consecuencia, a partir de una interpretación favorable del contexto internacional. Desde el Kremlin se interpretaba que el nuevo orden internacional se presentaba como un escenario policéntrico o multipolar, atravesado fundamentalmente por dos tendencias intrínsecas de la globalización: por un lado el “declive de occidente”, marcada por la erosión de las capacidades para liderar de EEUU y de las potencias europeas frente al surgimiento de los múltiples desafíos; y por otro lado el “ascenso del resto”, determinado por un incremento de las capacidades de los llamados países en desarrollo o emergentes para influenciar en el sistema internacional y alterar la dinámica del poder global. En este marco, Rusia se circunscribe dentro de este conjunto de actores como un centro de poder independiente y con recursos estratégicos para sostener posiciones y criterios respecto a ciertos temas de la agenda global (Lo, 2015).

En tal sentido, el líder ruso definió como principal objetivo de la política exterior para el siglo XXI, consolidar a Rusia como un jugador global e interlocutor indispensable, para lo que se establecieron una serie de ejes fundamentales. En primer lugar, se distinguió como elemento primordial de la política exterior rusa fortalecer su influencia

en el exterior cercano, cuyo control se vio fuertemente socavado tras la Revolución de los Colores. Putin retomó este objetivo del ex primer ministro Yevgueni Primakov (1996-1999) quien afirmó que si Rusia pretende recuperar su status internacional debía recuperar su rol de potencia regional en el espacio postsoviético. Combinando elementos de *soft power*, como inversiones económicas en infraestructura energética, promoción cultural de los valores y tradiciones compartidas, diplomacia no gubernamental, programas de repatriaciones, políticas de ciudadanía y pasaportes y establecimiento de organizaciones multilaterales (Organización del Tratado de Seguridad Colectiva, Comunidad Económica Euroasiática), el Kremlin intentó extender el mundo ruso más allá de sus fronteras para recomponer su esfera de influencia y retomar el control de una región geoestratégicamente crucial para el objetivo de proyectarse como una potencia global (Laruelle, 2015).

En segundo lugar, Putin se propuso reorientar la política exterior hacia una diplomacia económica con el objetivo de apuntalar la economía rusa como una de las más dinámicas del siglo. De esta manera, buscó incrementar el comercio exterior, fomentar la inversión extranjera directa, con independencia de su procedencia, y promover así una diversificación de sus relaciones comerciales. Sin embargo, esto no solo tenía por intención ampliar su cartera de socios comerciales sino también extender sus vínculos políticos más allá de su esfera de influencia. De esta forma, asociaciones con países como China, India, Brasil, Irán, le ofrecían a Moscú la posibilidad de mantener un mayor peso en el escenario internacional y posicionarse como un actor protagónico en el devenir de los acontecimientos globales, lo cual contribuyó en buena medida a su pretensión de recuperar su status de gran potencia mundial (Sánchez Ramírez, 2010).

En tercer lugar, la participación de Rusia en la gobernanza global ha llevado al Kremlin a distinguir los mecanismos multilaterales como instancias propicias para proyectar su influencia y status internacional. En cuanto miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (CSNU), Rusia defendió el accionar de estos mecanismos por su rol central para coordinar y regular las relaciones internacionales en base a los principios de igualdad y decisión colectiva. Moscú ha llamado en reiteradas ocasiones a alcanzar una mayor democratización en las relaciones internacionales y ha abogado por garantizar el respeto del derecho internacional. Por ello, para Rusia, las instituciones internacionales representaron un vehículo para mostrarse como un buen

ciudadano global en la medida en que ha participado activamente, y sobre todo le han significado una herramienta sumamente efectiva para limitar y contrapesar el poder de las potencias occidentales. A su vez, formando parte de instituciones como la Organización para la Seguridad y la Cooperación de Europa (OSCE), la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), la Comunidad Económica Euroasiática (CEEa) BRICS y G-20, el Kremlin ha sostenido el diálogo y la cooperación como instrumentos centrales de su política exterior (Lo, 2015).

Si bien en cada uno de estos ejes de la política exterior de Moscú se pueden resaltar diversos valores que guían la toma de decisiones y los cursos de acción, el pragmatismo terminó siendo siempre el principio rector que atravesó cualquier interpretación. En el discurso anual ante la Asamblea Federal Putin afirmó: “la política exterior rusa es estrictamente pragmática y procede de nuestras oportunidades y nuestros intereses nacionales en lo estratégico militar, lo económico y lo político.” (Zubelzú, 2004) Así Putin se hizo de margen para desempeñarse tanto como integracionista europeo, multipolarista euroasiático o gendarme regional. También, el pragmatismo lo revistió de cintura para sostener posiciones duales. A la vez que reafirmó sus compromisos con las organizaciones internacionales, el derecho y los regímenes internacionales, o protestó en contra de las acciones unilaterales, en otras oportunidades violó principios de soberanía, no intervención, prohibición del uso de la fuerza y/o protección de los derechos humanos. De esta forma quedó claro que el interés nacional ruso superó con creces los estándares cuasi teóricos de comportamiento internacional aceptable (Lo, 2015).

Además de estas posiciones de doble estándar, el pragmatismo del líder ruso fue un aspecto central en la matriz de acción política en la esfera internacional. En la medida en que el grado de estabilidad y consolidación interna aumentaban, las decisiones y los cursos de acción en política exterior adoptaron un carácter más asertivo y firme. Especialmente esta tendencia se ha manifestado con relación a los vínculos con occidente.

El primer mandato de Putin se caracterizó fundamentalmente por su posición dúctil con occidente y su predisposición para buscar puntos de cooperación en áreas de interés común, a fin de presentarse como un actor abierto al mundo y comprometido con las causas que afectan al orden internacional, como lo significó la guerra contra el terrorismo mundial. Más aún, a partir del vuelco a occidente, Rusia esperaba potenciar

los intercambios comerciales, colocando sus recursos energéticos en Europa y abriéndose la posibilidad de ingresar en la OMC (Claudin, 2002).

En el segundo periodo del mandato (2004-2008), las relaciones con occidente se tensaron como consecuencia del avance estratégico de la OTAN hacia sus fronteras, la Revolución de los Colores, en Ucrania, Georgia y Kirguistán, y la cesión de bases militares a EEUU por algunos países de Asia Central, en el marco de las operaciones norteamericanas en Afganistán. Pero con un robustecimiento de la economía tras el aumento de los precios de los hidrocarburos y con una figura del líder totalmente fortalecido, Putin contaba con recursos para imponerse y resistir las presiones de occidente y emprender una política más confrontacionista. Así se pudo entrever en 2007 en el discurso en la *Wehrkunde* en Múnich, donde marcó un cambio de rumbo frente a occidente, al tachar a los EEUU de “potencia agresiva”, en alusión a la avanzada de la OTAN sobre el espacio postsoviético (De la Camara, 2012).

En el periodo del gobierno tándem (2008- 2012) con Dimitri Medvedev en el Kremlin y Putin en la sede del Gobierno de la Federación de Rusia, se experimentó una reemergencia de la incertidumbre tras los efectos de la crisis global. No solamente quedó de manifiesto la ineficiencia de un sistema económico dependiente del sector energético, sino también aparecieron dudas sobre el sistema político de Putin, sustentado sobre la base de una suerte de “contrato social”⁶ con altos niveles de corrupción y ausencia de un estado de derecho. En política exterior también surgieron críticas en contra de los efectos que contrajo el deterioro de las relaciones con EEUU y las potencias europeas, poniendo en foco el grado de vulnerabilidad de Rusia. En consecuencia, no sólo la designación de un nuevo candidato como Medvedev, que llegaba con un estilo más afable, pro-occidental, y con una retórica modernizadora y agradable para Europa y EEUU, significaba una nueva reorientación, sino también el propio reconocimiento de Moscú sobre la necesidad de acercarse nuevamente a occidente para mitigar la vulnerabilidad que Rusia sintió luego de la crisis financiera global. Esto llevó a aceptar iniciativas como el *reset* de Obama o la propuesta de la UE de “asociación para la modernización”. Desde

⁶ Este “contrato social” se sostenía a partir de altos ingresos y buenos estándares de vida para la población, a cambio de su aquiescencia respecto al funcionamiento del sistema político que se parecía cada vez más a un régimen autoritario.

el Kremlin se entendió que la modernización era su herramienta de apalancamiento para insertarse en el escenario internacional. En el gobierno de Medvedev se utilizó como recurso programático para impulsar la cooperación y apuntalar la economía (Lo, 2015).

Pero en el cuarto periodo de Putin, iniciado en mayo de 2012, el proyecto de modernización tuvo por objetivo construir “una Rusia fuerte”⁷, tanto en recursos de poder duro como blando. Ya desde 2011 las relaciones con las potencias occidentales volvieron a tensionarse producto del despertar de una oposición anti-Putin al interior de Rusia, y acusada por éste de ser exhortada por EEUU. Además, factores como el proyecto norteamericano para desplegar en Europa una parte de sus sistema de defensa contra misiles (*European Phased Adaptive Approach*, EPAA), los planes de expansión de la OTAN (especialmente hacia los Balcanes y Georgia), la promulgación en EEUU de la *Sergei Magnitsky Rule of Law Accountability Act*, y el proyecto europeo de construir el gasoducto Nabucco bajo el mar Caspio, junto con la elaboración de normativas para la comercialización de hidrocarburos, contribuyeron a la tensión de las relaciones. ⁸ En este marco cada vez más amenazante, la estrategia de Putin fue competir internacionalmente a través de la modernización de la economía y las fuerzas armadas; apostando a su fuente de poder más provechosa, la producción y suministros de hidrocarburos; promoviendo la concertación con los BRICS, para ganar mayor influencia y participación en las instituciones financieras internacionales; contrapesando las posturas de occidente en el CSNU; y fortaleciendo el vínculo bilateral estratégico con China, tanto como socio económico y político (De la Camara, 2012).

⁷ “Una Rusia Fuerte” fue el lema de campaña presidencia que Putin había adoptado en este nuevo periodo en el Kremlin, para enfatizar el propósito de consolidar la recuperación del status de Rusia como gran potencia, en un marco de relaciones internacionales en el que ya no hay una sola potencia hegemónica sino varias potencias regionales que trata de obtener protagonismo en la definición del nuevo orden mundial (De la Camara, 2012).

⁸ El “Tercer Paquete Legislativo sobre Energía” establecía la separación de las actividades de transporte y distribución de energía y la imposición de sanciones por abuso de posiciones dominantes en el mercado, interpretado por Moscú como normas anti-Gazprom (De la Camara, 2012).

1.3 Pragmatismo: base del vínculo bilateral

Como bien vimos, ambas administraciones partieron de un enfoque pragmático a la hora de definir sus cursos de acción en política exterior. Esto no escapó al vínculo bilateral, sino que ha sido la piedra basal para lograr el acercamiento mutuo. Fundamentalmente la configuración de una relación de interdependencia condicionó las percepciones que se labraron uno del otro.

Para Moscú, a pesar del nuevo escenario multipolar, EEUU siguió siendo la superpotencia con mayores capacidades para influir en el sistema internacional, y por lo tanto de afectar a los intereses de la política exterior de Rusia. Ya sea por la magnitud de las capacidades en términos de “poder duro” militar y económico, o en términos de “poder blando” de prestigio e influencia política, estas consideraciones se circunscribieron dentro de la corriente de pensamiento *derzhavniki* o nacionalistas pragmáticos, que entiende que la condición de Rusia como gran potencia (*derzhava*) debe traducirse en una política exterior autónoma y activa en múltiples direcciones o vectores, siendo uno de ellos necesariamente EEUU; y puesto que el contenido de esta relación podría ser tanto cooperación como de enfrentamiento en cuanto fuera necesario para defender los intereses de Rusia (Morales, 2012).

Para Washington, si bien Rusia ya no era la superpotencia de la Guerra Fría, continuaba siendo un actor de relevancia estratégica. Contrariamente al gobierno de George W. Bush, que desestimó a Rusia como un actor relevante en la escena internacional por su grave crisis interna y por la difícil compatibilidades valores (*values gap*); Obama hizo de la renovación de las relaciones con Rusia un punto clave de su política exterior en la etapa post-americana. Las perspectivas de mejorar los vínculos ofrecían numerosos beneficios tácticos y estratégicos, sobre todo al tener en cuenta que el país euroasiático se ubicaba en una región de suma importancia geoestratégica, concentraba una gran parte de la producción y suministro de hidrocarburos, y aún seguía siendo una potencia nuclear (Singh, 2012). En este sentido los ex Secretarios de Estados republicanos Henry Kissinger y George Schultz advirtieron sobre la necesidad de evitar un mayor aislamiento de Moscú, ya que no sería ni factible ni deseable para Washington aislar a un país adyacente a Europa, Asia y Medio Oriente, y que posee un stock de armas nucleares comparables a los de EEUU (Kissinger & Schultz, 2008).

En base a estas percepciones la agenda bilateral se integró alrededor de diversas áreas temáticas que despertaban puntos de intereses compartidos y contrapuestos, pero que en definitiva requerían de un tratamiento en conjunto. Los ejes centrales de ésta fueron: control de armamento nuclear, no proliferación y lucha contra el terrorismo; expansión de vínculos comerciales; seguridad europea, planes de la OTAN y espacio postsoviético. Si bien los desafíos del nuevo escenario internacional abarcaron además otras áreas fundamentales, como cambio climático, ciber-seguridad o amenazas biológicas y pandemias, el núcleo duro de la agenda bilateral se concentró en aquellas problemáticas que impactaron directamente sobre el interés nacional de cada país (Pifer, 2009).

De esta manera desde ambas administraciones se optó por un tipo de vinculación que privilegió más el diálogo y la cooperación que la confrontación y contención. Tanto Obama como Medvedev, reconocían que, al colaborar en una gama gradualmente creciente de asuntos de importancia estratégica, ambas partes construirían confianza mutua y profundizaron el hábito de cooperación, lo que con el tiempo amplió el espectro de intereses comunes y modificó las expectativas de uno y otro. Más aún, con esta nueva dinámica en las relaciones bilaterales se apuntó a superar la lógica de suma cero, que tradicionalmente había regido el vínculo, y promover por el contrario una lógica de *win-win*, a partir de la cual ambos actores podían obtener resultados beneficiosos sin poner en juego recursos valiosos (Dueck, 2015).

Esta política específica de cooperación selectiva en áreas de interés común con el objetivo de lograr gradualmente un mayor entendimiento en todos los ámbitos será el fundamento de la “política de *reset*”. Dentro de estas áreas que servirán de motor para un estrechamiento del vínculo, se ubicó la cooperación espacial, que como bien veremos en el próximo capítulo se enmarcó en un mecanismo institucional permanente (Morales, 2012).

CAPÍTULO II

II.1. Espacio Exterior: el horizonte alternativo

El desarrollo y el avance de la ciencia y la tecnología han permitido a los Estados disponer de nuevos recursos y capacidades estratégicas para proyectar sus intereses dentro y fuera de los límites de su soberanía. Particularmente, desde que la humanidad comprobó su potencial para alcanzar el espacio exterior el 4 de octubre de 1957, cuando la Unión Soviética realizó con éxito el primer lanzamiento del satélite artificial *Sputnik I* por fuera de la atmósfera terrestre, los gobiernos nacionales han tomado la iniciativa para conquistar este terreno y desde allí construir un nuevo tipo de poder: Poder Espacial.

Desde sus inicios, el poder espacial estuvo determinado por los objetivos estratégicos –militares de las superpotencias rivales de la Guerra Fría, en cuanto a que el espacio exterior se presentaba como ámbito propicio para desarrollar y utilizar tecnología satelital capaz de transmitir con rapidez y precisión información necesaria acerca de las capacidades y recursos del adversario. De esta forma el espacio exterior se disponía como un medio vital para controlar todas las actividades terrestres, ya sean políticas, militares, científicas o económicas (Chun, 2001). Esta visión, que se corresponde más con una interpretación realista de las relaciones internacionales, ha denotado un poder espacial circunscripto a la problemática de la defensa y seguridad nacional, donde la militarización del espacio prevaleció como objetivo de las políticas espaciales. Para los Estados contar con recursos en el ámbito espacial era crucial para enfrentar y solucionar las amenazas, tanto naturales como de origen humano, que ponían en juego su control y explotación (Oberg, 1999).

Sin embargo, en la medida que la exploración ultraterrestre se fue desarrollando, el poder espacial adquirió un nuevo carácter cada vez más extenso y abarcativo. En cuanto que el espacio exterior se ha ido comprendiendo tanto como área de seguridad militar, campo de exploración científica y de aplicación tecnológica, plaza de intereses económicos y financieros, y en especial como teatro de operaciones políticas; el poder espacial no solo se entendió en términos de rivalidad estratégico militar, sino también empezó a considerar la cooperación y la acción conjunta como herramientas útiles para su construcción y profundización (Sheenan, 2007).

Si bien el espectro de cooperación espacial puede ser amplio y pueden existir múltiples razones por las cuales dos actores espaciales decidan cooperar, los motivos centrales radican en los provechos que pueden conseguir a partir de una actividad complementaria. Es decir, a partir de una coordinación de funciones y capacidades, los actores pueden alcanzar objetivos que no podrían conseguirlos por su propia cuenta, como por ejemplo el acceso al espacio.⁹ Además, a través de la cooperación y complementación, las agencias no solo comparten costos y riesgos, sino también facilitan un intercambio de experiencias, tecnologías y avances con sus compañeros, y, sobre todo, en última instancia podrían contribuir a mejorar y/o fortalecer sus vínculos (Johnson, 2011).

De tal forma, vemos que la cooperación espacial ha servido para muchos actores no solo como una estrategia para conseguir resultados concretos en sus programas espaciales, sino también como una herramienta diplomática. Nancy Gallagher (2013) sostiene que el uso del espacio exterior, así como otras dimensiones de la política internacional, está igualmente atravesado por la interdependencia, por lo que las definiciones de las estrategias espaciales deben estar guiadas por esta condición. Como parte de esta consideración, los temas de la agenda espacial abarcan más allá de cuestiones estratégico-militares. En la actividad espacial, las agendas se han ampliado y visto cada vez más intrincadas, en cuanto a que incorporan temáticas que admiten mayor margen para la colaboración y complementación. Así, y en vistas de potenciar el poder espacial para proyectos de exploración, actividades de coordinación operativa, sistemas de alerta y geolocalización o programas de desarrollo de software y hardware, los actores espaciales han preferido optar por estrategias de cooperación antes que de competencia.

Por otra parte, según la Oficina de las Naciones Unidas para Asuntos del Espacio Ultraterrestre (UNOOSA), la cooperación en el espacio exterior se ha ido conformando

⁹ En los primeros años de la Era Espacial, sólo la URSS y EEUU contaban con capacidades para acceder al espacio. Pero pronto, el círculo de actores espaciales comenzó a ampliarse en la medida que otros Estados aspiraron a crear programas espaciales y ponerlos en práctica. Durante la década de los 60, fueron los países europeos los que se convirtieron en nuevas potencias espaciales, gracias a que la cooperación regional abarcó dentro de otros asuntos algunas metas espaciales. Así en 1965, Francia, en colaboración con Alemania, logró lanzar su primer satélite y ponerlo en órbita (Neger & Soucek, 2011).

cada vez más como una opción necesaria para impulsar el desarrollo sustentable de las actividades espaciales. Bajo su criterio, los actores para poder planificar sus operaciones deben poder contar con una base de información amplia y actualizada de datos. En tal sentido, la disponibilidad y acceso a la información debe estar dispuesta por todos aquellos que se desempeñen en este ámbito a fin de garantizar la interoperabilidad. Es decir, para que todos puedan desarrollar y proyectar actividades espaciales con seguridad, la información debe ser puesta en común. De este modo la colaboración mancomunada de todos los que extraen datos relevantes para la exploración espacial, se convierte en un prerequisite fundamental para contribuir al desarrollo sustentable de las actividades espaciales.

La cooperación espacial, más allá de haberse revalorizado con la evolución del sistema internacional y de los valores y principios rectores de las relaciones globales, estuvo presente desde el comienzo de la era espacial. En línea con lo planteado anteriormente, desde el inicio de las actividades espaciales las comunidades científicas de EEUU y Rusia procuraron siempre mantener puntos de contacto mediante el intercambio de conocimiento científico y técnico. Especialmente, sobre la base de un paradigma intergubernamental, la cooperación se fundamentó en principios de preferencias funcionales; por lo que, a fin de alcanzar y mantener ciertos estándares de operatividad, las comunidades científicas y técnicas buscaron constantemente promover una retroalimentación de datos. Más aún, en los momentos de ausencia de cooperación gubernamental directa en periodos de tensión o competencia, la colaboración científica siempre se mantuvo fluida. Esta nunca existió solo por el beneficio de la cooperación en sí, sino que se constituyó como un producto de preferencias políticas compatibles con la intención de construir relaciones estables y amistosas (Sadeh, 2004).

No solo en función de robustecer el poder espacial, sino también la cooperación en el espacio ultraterrestre ha sido un factor estratégico para remover otras áreas de la política internacional. Ya sea para morigerar tensiones, destrabar rispideces, impulsar acuerdos o redefinir vínculos, los Estados han encontrado en el espacio exterior un ambiente donde los intereses particulares pueden ser compatibles entre sí, y servir como enclaves para motorizar otros puntos de su agenda bilateral. En la década de los '70, bajo la necesidad de distender el conflicto bipolar, EEUU y la URSS buscaron avanzar hacia una relación más estable y amistosa. En este marco identificaron al espacio exterior como

un área ideal para la construcción de esquemas de cooperación sobre la base de intereses compartidos. Esto llevó a que en 1972 el Presidente Richard Nixon y el Presidente del Consejo de Ministros de la URSS Aleksei Kosigyn, firmaran el “Acuerdo sobre la Cooperación en la Exploración y Utilización del Espacio con Fines Pacíficos”, siendo el programa Apollo-Soyus (ASTP)¹⁰ el punto más importante y ambicioso del mismo (Sadeh, 2004). Si bien a través del acuerdo se ponían en marcha una gran cantidad de iniciativas de investigación conjunta, el rasgo distintivo fue el enfoque estratégico que ambos países compartieron, al considerar la política espacial como una vía para mejorar las relaciones bilaterales en un contexto conflictivo.

Además de ser una estrategia clave para diversificar las agendas, maximizar los beneficios, contribuir al desarrollo sustentable de la actividad espacial y servir de mecanismo útil para ligar temas en la agenda de negociación, la cooperación internacional en materia espacial ha tenido como uno de sus resultados más exitosos la construcción y el mantenimiento de un régimen internacional espacial, es decir de un marco legal que regula las actividades de los Estados en la exploración y la utilización del espacio ultraterrestre (Castro Villalobos, 2001).

En un sistema internacional caracterizado por una creciente interdependencia, los gobiernos han considerado a los regímenes internacionales como dispositivos útiles para abordar y resolver problemas comunes y perseguir propósitos complementarios. Como bien observa Robert Keohane (1988), en el marco de la cooperación los Estados tienen más interés en crear y mantener regímenes internacionales. Al respecto, Stephen Krasner ha definido a estos como:

“Un conjunto de principios explícitos o implícitos, normas, reglas y procesos de toma de decisión en torno a los cuales convergen las expectativas de los

¹⁰ Este programa se constituye como el símbolo más ilustrativo de la voluntad de reencauzar las relaciones bilaterales hacia una nueva lógica de cooperación entre ambas superpotencias. El propósito fundamental era unir a ambos países en una misión tripulada conjunta con una nave compartida. La intención del programa ASTP de 1972 tenía como base comprometer a los dos países a cooperar en un lapso de tres años hasta el lanzamiento de la misión, en orden de permitir a cada parte comprender el funcionamiento de cada sistema propio, y de entrenar a los astronautas y cosmonautas para la misión conjunta (Sheenan, 2007).

actores en un área dada de las Relaciones Internacionales. Los principios son las creencias de hecho, de causalidad y de rectitud. Las normas son estándares de comportamiento definidos en términos de derechos y obligaciones. Las reglas son prescripciones o prohibiciones específicas de cara a la acción. Los procesos de toma de decisión son las prácticas prevalecientes para la formación y la implementación de las decisiones colectivas.” (1983, p. 2)

En la medida que los regímenes internacionales crean expectativas de conductas, elevan el grado de transparencia de las actividades dentro de un ámbito determinado de la política internacional y reducen así la incertidumbre y las asimetrías en el acceso a la información; los Estados, concentrados en sus propios intereses, optan voluntariamente y en base a un cálculo racional, por coordinar sus acciones dentro de un marco normativo específico, con perspectivas de que la acción conjunta les signifique una maximización de beneficios (Hasenclever, Mayer, & Rittberger, 1999).

Particularmente, desde su génesis el régimen internacional sobre el uso y la exploración del espacio exterior busco prever que el desarrollo de las actividades ultraterrestres se llevara a cabo en virtud de la cooperación y el uso pacífico. Producto de la preocupación por el uso bélico que pudiera dársele al espacio exterior, teniendo en cuenta que en la primera mitad del siglo XX los adelantos tecnológicos fueron diseñados y utilizados principalmente, para servir a los ejércitos y a la destrucción de la humanidad, los enfoques académicos coincidieron en la necesidad de establecer un régimen que privilegia la utilización en provecho de toda la humanidad y principalmente que proscriba el uso militar. Por ello, a partir que la URSS logró en 1957 colocar fuera de la órbita terrestre el primer satélite artificial *Sputnik I*, Naciones Unidas tomó la iniciativa para iniciar el proceso de codificación del espacio exterior, en estricta concordancia con los principios fundamentales de su Carta Magna. En 1958 la AGNU, creó para tal propósito un comité *ad hoc* para la utilización pacífica del Espacio Ultraterrestre (COPUOS, por sus siglas en inglés), cuya tarea principal fue regular todos los aspectos relacionados en dicho ambiente ¹¹ (Süssmann Herrán, 2013).

¹¹ COPUOS a su vez se instituía como un organismo especializado para emprender tareas de cooperación y programas internacionales relaciones con el uso del espacio exterior, siempre sobre la base fundamental de los principios de uso pacífico y beneficio de todos los Estados sin perjuicio

El 20 de diciembre de 1961 la AGNU adoptó la Resolución 1721/XVI sobre “Cooperación para la Utilización del Espacio Ultraterrestre con fines Pacíficos”. Mediante esta se establecen los principios y lineamientos fundamentales del régimen internacional espacial, tomando como puntos clave el reconocimiento de la importancia del espacio ultraterrestre para la humanidad y su potencial para el avance científico y tecnológico; el fomento de la cooperación en las actividades espaciales y promover el intercambio de información y experiencia; el establecimiento de un marco legal y normativo para la utilización pacífica del espacio ultraterrestre; la reafirmación de la importancia de la igualdad soberana de todos los Estados en la exploración y uso del espacio ultraterrestre y la prohibición del uso del espacio con fines militares; el incentivo a los Estados a compartir los beneficios derivados de las actividades espaciales con todos los países (Aparicio Gallego, 2012).

Como resultado del trabajo de este Comité, el 13 de diciembre de 1963 la AGNU aprueba la “Declaración de los Principios Jurídicos que deben regir las actividades de los Estados en la exploración y utilización del Espacio Ultraterrestre”. Constituyéndose como la base normativa del régimen espacial internacional, la Declaración estableció los siguientes principios:

- La exploración y la utilización del espacio ultraterrestre deberán hacerse en provecho y en interés de toda la humanidad.
- El espacio ultraterrestre y los cuerpos celestes podrán ser libremente explorados y utilizados por todos los Estados en condiciones de igualdad y en conformidad con el derecho internacional.
- El espacio ultraterrestre y los cuerpos celestes no podrán ser objeto de apropiación nacional mediante reivindicación de soberanía, mediante el uso y la ocupación, ni de ninguna otra manera.
- Las actividades de los Estados en materia de exploración y utilización del espacio ultraterrestre deberán realizarse de conformidad con el derecho internacional,

de ninguno. También se le atribuía la tarea de informar a la AGNU sobre las actividades espaciales desarrollados por los Estados miembros y especialmente hacer recomendaciones sobre disposiciones a adoptar para facilitar la cooperación internacional en este ámbito, así como sobre la naturaleza de los problemas jurídicos que estas actividades podían plantear (Aparicio Gallego, 2012).

incluida la Carta de Naciones Unidas, en interés del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales y del fomento de la cooperación y la comprensión internacional.

- Los Estados serán responsables internacionalmente de las actividades que realicen en el espacio ultraterrestre los organismos gubernamentales o las entidades no gubernamentales, así como de asegurar la observancia en la ejecución de esas actividades nacionales, de los principios enunciados en el presente Declaración [...]
- En la exploración y la utilización del espacio ultraterrestre, los Estados se guiarán por el principio de la cooperación y la asistencia mutua y en todas sus actividades en el espacio ultraterrestre deberán tener debidamente en cuenta los intereses correspondientes de los demás Estados [...]
- En el Estado en cuyo registro figure el objeto lanzado al espacio ultraterrestre retendrá su jurisdicción y control sobre tal objeto, así como sobre todo el personal que vaya en él, mientras se encuentre en el espacio ultraterrestre [...]
- Todo Estado que lance y ocasione el lanzamiento de un objeto al espacio ultraterrestre, [...] serán responsable internacionalmente de los daños causados a otro Estado extranjero o a sus personas naturales o jurídicas [...]
- Los Estados consideraran a todos los astronautas como enviados de la humanidad en el espacio ultraterrestre, y les prestaran toda la ayuda posible en caso de accidente, peligro o aterrizaje forzoso en el territorio de un Estado Extranjero o en alta mar [...] (ONU, 2002).

En base a este conjunto de principios fundamentales, posteriormente, la AGNU aprobó cinco tratados multilaterales sobre el espacio ultraterrestre, los cuales conforman el *Corpus Iuris Spatialis*. En 1967 se firmó el “Tratado sobre los principios que deben regir las actividades de los Estados en la exploración y utilización del espacio ultraterrestre, incluso la Luna y otros cuerpos celestes”, conocido como Tratado del Espacio Exterior y declarado Carta Magna de las actividades en este terreno. Si bien el Tratado del ‘67 es tan solo el marco normativo, logró elevar a nivel de normas jurídicas los principios que ya habían sido reconocidos en la Declaración del ‘63, e implantó obligaciones para los Estados. A partir de esto, se destaca al tratado espacial, no solo como fuente del derecho internacional, sino también como un instrumento clave para contribuir a la evolución de las actividades espaciales hacia soluciones pacíficas y de

cooperación, y encaminadas a perseguir el máximo beneficio colectivo de la humanidad (Aparicio Gallego, 2012).

Además del Tratado del Espacio Exterior de 1967, el régimen espacial internacional terminó de conformarse con la celebración de otros acuerdos complementarios. En 1968 se firma el “Acuerdo sobre el salvamento y la devolución de astronautas y la restitución de objetos lanzados al espacio ultraterrestre”; en 1972 el “Convenio sobre la responsabilidad internacional por daños causados por objetos espaciales”; en 1975 el “Convenio sobre el registro de objetos lanzados al espacio ultraterrestre; y en 1979 el “Acuerdo que debe regir las actividades de los Estados en la Luna y otros cuerpos celestes” (Aparicio Gallego, 2012).

Puntualmente en los artículos IX a XIII del Tratado Espacial se prevé brindar un marco normativo alrededor del principio de cooperación para que, a futuro, el derecho espacial no se limite a ser una normatividad destinada únicamente a evitar el desencadenamiento de tensiones latentes, sino fundamentalmente para reencausar la actividad espacial hacia un uso responsable y comprometido; y generar efectivamente una concepción más amplia de paz internacionales, regida por principios de colaboración, igualdad y desarrollo conjunto en favor de toda la humanidad (Süssmann Herrán, 2013).

En el art. IX del tratado se consagró el principio de cooperación de manera amplia y abarcativa, cubriendo varios aspectos que en suma beneficiarían a toda la humanidad. En la primera parte se establecieron los principios generales que integran la cooperación en la actividad espacial: asistencia mutua, intervención no dañina y no contaminación. El primero de ellos sugirió la acción positiva y conjunta para garantizar el acceso y aprovechamiento del espacio por parte de todos los Estados. El segundo implicó un diálogo constante entre los Estados para que las actividades de cada uno no se obstaculicen o interfieran entre sí. La tercera demandó hacer un uso responsable del recurso espacial y de manera eficiente para no dañar un bien común y evitar los problemas derivados de los residuos espaciales (Sandalinas, 2010).

Los arts. X a XIII resaltaron principalmente las actividades necesarias que han de ser llevadas a cabo a fin de fomentar la cooperación internacional en la exploración y utilización del espacio ultraterrestre. Destacándose, conforme al principio de igualdad y no discriminación, la necesidad de informar para permitir el acceso a la información a

todos los Estados interesados; conforme al principio de reciprocidad, el uso común de las instalaciones, vehículos y equipos espaciales; conforme al principio de solución pacífica de las controversias, la obligación de los Estados partes de resolver los problemas prácticos en el marco de la organización pertinente y en base a lo estipulado en la letra del tratado. Dentro de estos artículos, la cooperación aparece como una herramienta para contribuir tanto al mantenimiento de la paz, como de la seguridad internacional. A través de la cooperación, los Estados propicia un espacio de acercamiento y diálogo, dejan de lado sus diferencias y promueven el desarrollo y beneficio en pos de toda la humanidad (O.N.U., 2002).

Retomando a Robert Keohane (1988), la consideración del régimen internacional es de gran utilidad, en cuanto que permite describir las estructuras de cooperación, y ayuda a dar cuenta de la lógica de relación entre sus actores, ya sea tanto de cooperación como de discordia. En este sentido, pasaremos a ver cómo, en función de los principios, normas, reglas y procedimientos que definen al régimen espacial internacional, EEUU y Rusia dentro de un marco de interdependencia, definieron sus políticas espaciales y promovieron esfuerzos destinados a lograr una coordinación de estas, bajo la premisa fundamental de alcanzar una optimización de los recursos y una maximización de los beneficios.

II.2 Políticas Espaciales: el instrumento para la cooperación

Con la apertura del espacio ultraterrestre, las actividades espaciales en su conjunto adquirieron una importancia trascendental en referencia a todos los aspectos de la vida humana en la Tierra; ya sea para la vida económica, los asuntos militares, los efectos del cambio climático o para las relaciones sociales y políticas de los actores del sistema internacional, el espacio exterior alberga potencialidades sumamente provechosas (Deudney, 2020). A tal punto que algunos académicos y referentes sobre estudios en política espacial llegaron a considerar que; “Quien controla la baja órbita terrestre controla el espacio cercano a la tierra. Quien controla el espacio cercano a la tierra controla la tierra. Quien controla la tierra, domina los destinos de la humanidad” (Dolman, 2005, p. 6).

Si bien esta concepción de astropolítica redundante en los enfoques del realismo político y resalta sobre todo la importancia geoestratégica del espacio exterior, es cierto

que el acceso y el control de la órbita terrestre han sido siempre elementos constitutivos de la política espacial tanto de EEUU como de Rusia. Pero para no incurrir solo en interpretaciones realistas y entender al espacio exterior esencialmente como una nueva dimensión donde trasladar la puja de intereses, será necesario tener en cuenta dos cuestiones previas. En primer lugar, debemos retomar la distinción planteada al inicio de este trabajo, donde se estableció la diferencia entre la política espacial y las políticas espaciales. En cuanto que la primera noción abarca un sentido más general, y contempla los objetivos y posiciones a largo plazo de un Estado en el espacio ultraterrestre; la segunda refiere precisamente al conjunto de lineamientos y medidas definidas por un gobierno en relación a las condiciones coyunturales imperantes. De modo que, prestar atención sólo una de estas nociones podría implicarnos caer en un reduccionismo teórico, limitándonos a ponderar solo los objetivos permanentes por sobre las posturas y tendencias coyunturales (Sadeh, 2004).

En segundo lugar, y en base a este último planteamiento, observamos que el conjunto de políticas espaciales de los gobiernos de EEUU y Rusia se han amoldado y definido, al igual que la política exterior de cada administración, en correspondencia con los desafíos planteados por el avance de la globalización y consecuentemente de la interdependencia. Al respecto, Keohane y Nye reconocen en la situación de interdependencia la existencia de asimetrías, es decir una distribución desigual de los recursos. Sobre la base misma de estas asimetrías se asienta el factor de poder, en cuanto que se piensa al mismo como el control de los diversos tipos recursos y reconocen que para cada propósito determinado en política exterior deberán precisarse los recursos más apropiados (Colacrai, 2001).

Bajo esta concepción más amplia del poder nacional, los gobiernos empezaron a reconocer la importancia múltiple que podían representar las distintas actividades espaciales. Es decir, dadas las nuevas condiciones del sistema internacional, dentro del conjunto de políticas espaciales podían emerger diversos recursos susceptibles de ser utilizados como instrumentos de poder blando, útiles para alcanzar objetivos de política exterior. Por ello, a la hora de definir las políticas espaciales, cada administración se vio en la necesidad de reconocer aquellas ventajas comparativas que disponían en materia espacial para movilizar los recursos de poder más apropiados y conseguir un control de resultados acordes a sus intereses.

Como última consideración para tener en cuenta antes de abordar los lineamientos y objetivos de las políticas espaciales de ambas administraciones, cabe remarcar el carácter dual que revisten las tecnologías y actividades en el espacio. Esto se entiende como la capacidad de utilizar los mismos recursos espaciales en diferentes formas y para distintos propósitos. Es decir, los desarrollos técnicos, científicos, industriales e incluso sociales, pueden ser empleados tanto para fines civiles como militares. El ejemplo clásico de este carácter está ilustrado por la industria de los cohetes, los cuales pueden servir tanto de medio para transportar carga al espacio, o bien como armas estratégicas de largo alcance (Neger & Soucek, 2011). Los Estados al ser conscientes de esta doble naturaleza de los recursos espaciales y a fin de contribuir a un marco de confianza y previsibilidad respecto de las actividades ultraterrestres, sentaron como ejes estructurantes de sus políticas espaciales la defensa y el respeto de los principios fundamentales del régimen espacial: no proliferación nuclear ni emplazamiento de armamento militar, uso pacífico del espacio exterior, transparencia, cooperación y asistencia internacional. Los gobiernos reconocen que en la medida que cada uno se comprometa a actuar de acuerdo con estos principios, el peligro de la doble naturaleza podría ser prevenido, y en efecto la inestabilidad resultante de la distribución asimétrica de los recursos en un marco de multipolaridad también podría ser amortiguada.

- *Política Espacial Nacional de los Estados Unidos de América*

La política exterior de la administración de Obama tuvo como propósito fundamental restaurar la reputación de EEUU en el mundo. En base a ello, el primer mandatario determinó la vía diplomática y multilateral como el camino más adecuado para abordar las problemáticas que traía aparejada la globalización y la interdependencia, y que afectaban al interés nacional estadounidense. En este marco, la cooperación adquirió un valor estratégico en tanto instrumento para, no solo reforzar alianzas y estimular acercamientos, sino también para compartir esfuerzos, repartir responsabilidades y maximizar beneficios. Esta matriz de política exterior, que convenimos en considerar como un enfoque de *smart power*, se encontró fuertemente arraigada en las definiciones de la nueva política espacial.

La “Política Espacial Nacional de los Estados Unidos de América”, lanzada el 28 de junio de 2010, resaltó dos elementos centrales como mecanismos para fortalecer la seguridad y estabilidad, impulsar el compromiso internacional y fomentar la

sustentabilidad: la revitalización del liderazgo estadounidense en el espacio y la cooperación internacional (Clay Moltz, 2013). A modo de preámbulo, desde Washington se reconoció que en un mundo donde los beneficios del espacio permean casi todos los aspectos de la vida y donde el crecimiento y evolución de la economía global avanzan de manera exponencial, cada vez más naciones y organizaciones resolvían lanzarse al espacio exterior y sacar provecho de sus utilidades. Pero en un contexto internacional de creciente dependencia mutua, donde ahora la naturaleza de las actividades espaciales es ubicua e interconectada, los riesgos de actos irresponsables y sus consecuencias perjudiciales también se vuelven extensivos. Por ello, si bien EEUU afirmó su compromiso para afrontar los desafíos en tanto nación líder en la exploración espacial, instó por otro lado a todas las naciones a colaborar y adoptar enfoques que promuevan una actividad espacial responsable. Así bien se expresa en el documento oficial publicado en junio de 2010:

“Estados Unidos renueva por la presente su compromiso de cooperación, creyendo que, con una colaboración internacional fortalecida y un liderazgo estadounidense revitalizado, todas las naciones y pueblos, ya sean exploradores espaciales o beneficiarios del espacio, verán ampliados sus horizontes, mejorada su comprensión y notablemente mejoradas sus vidas”
(Traducción propia de Seal of the President of the United States, 2010, p. 2)

No obstante, la política espacial de Obama se diferenció de la de su antecesor en cuanto a su carácter fundamentalmente constructivo y menos militarista. En lo relativo al conjunto de principios que la definen, no representa una ruptura radical, sino más bien se distinguen ciertos ajustes. Al igual que las anteriores, la administración sostuvo como principios de su política espacial nacional la defensa del libre acceso y paso en el espacio exterior de satélites de todos los Estados; la exploración y uso con fines pacíficos y en beneficio de toda la humanidad, el rechazo de cualquier reclamo de soberanía sobre el espacio exterior u otros cuerpos celestes; el reconocimiento de los sistemas espaciales de los Estados como propiedades nacionales; el derecho de paso y operación sin interferencia intencional y el derecho a realizar, en caso de ataque, actividades en apoyo a la autodefensa (Santos Vieira de Jesus, 2013).

La novedad se presentó al incorporar tres nuevos ejes como parte de los objetivos centrales. En primer lugar, se distinguía la necesidad de que todos los actores que

desarrollasen actividades relacionadas con el espacio exterior procuraran desempeñarse bajo un comportamiento responsable. Es decir, desde la Casa Blanca se abogaba por emprender medidas destinadas a garantizar operaciones responsables en el espacio a fin de reducir riesgos que podrían desprenderse de un uso inadecuado o desconsiderado del medio y los recursos espaciales. En este sentido a través del compromiso responsable se apela a la buena predisposición de los actores para llevar a cabo medidas relativas a la coordinación del tráfico espacial y la no interferencia de bandas de radiofrecuencias o señales satelitales, la contribución a los sistemas de detección y alerta temprana de amenazas y las actividades relacionadas con la explotación y utilización de los recursos espaciales, entre otras cosas (Santos Vieira de Jesus, 2013).

En segundo lugar, desde la administración Obama se insistió en el principio de la sustentabilidad del espacio ultraterrestre, es decir en el objetivo de preservar el medio ambiente espacial. Plasmada como parte del interés nacional de los EEUU en el espacio exterior, la sustentabilidad podría ser definida como la garantía de que las actividades humanas en el espacio no afectarán negativamente la capacidad de utilizar el ambiente espacial en el futuro. Más aún, el objetivo de la sustentabilidad no estipulaba la reducción de la actividad en el entorno espacial, sino la seguridad de que la expansión del uso del espacio exterior no perjudicase la capacidad de extraer beneficios a largo plazo. Particularmente este objetivo giraba en torno a hacer un uso eficiente de las zonas orbitales limitadas reduciendo cualquier impacto nocivo a largo plazo.

Con la definición de la sustentabilidad como un eje central de la política espacial de los EEUU se ponía el foco, entre otras cosas, en la problemática de los desechos espaciales. Habiendo un número cada vez más creciente de objetos residuales en órbita con potencial para dañar dispositivos e instrumentos de investigación y navegación, es fundamental que los actores tomen conciencia sobre esos peligros y se comprometan en la tarea de mitigar y limitar la creación de nuevos desechos espaciales, a fin de contribuir a la sustentabilidad de las actividades en el espacio (Samson, 2010).

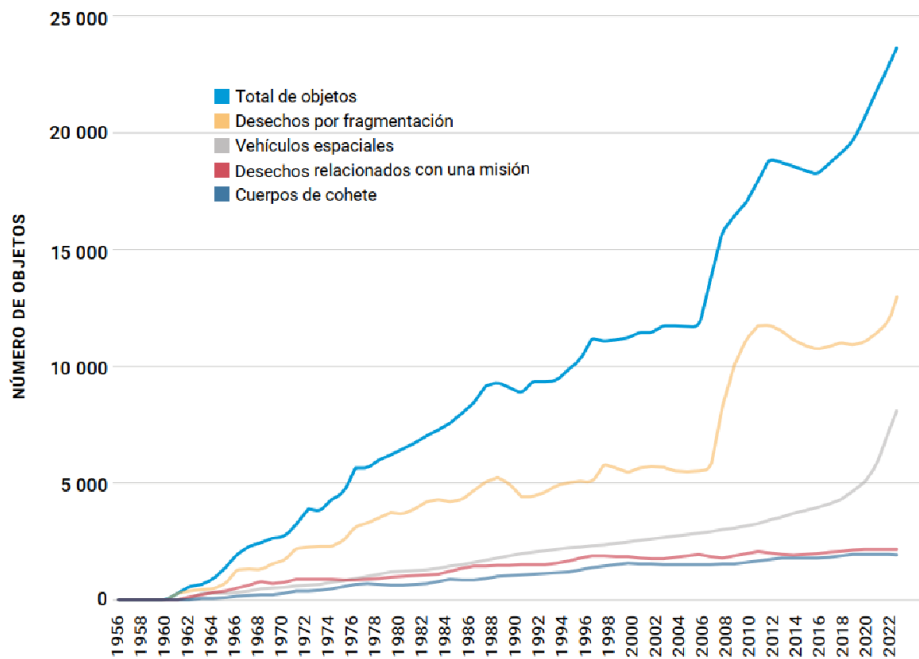


Figura 3 Desechos orbitales por tipo (O.N.U., 2023)

En tercer lugar, Washington fijó como objetivo de su política espacial, fortalecer la estabilidad del espacio ultraterrestre, bajo el supuesto de crear un ambiente seguro y sustentable. Para ello EEUU propuso adoptar medidas nacionales e internacionales para promover operaciones seguras y responsables; mejorar la recopilación y puesta en común de información para evitar colisiones; proteger los sistemas espaciales críticos e infraestructuras de apoyo, prestando atención a la interdependencia entre sistemas espaciales e informáticos, y fortalecer medidas para mitigar los desechos orbitales (Casa Blanca, 2010). De otra forma, EEUU también se comprometió en emplear una variedad de medidas para ayudar a asegurar el uso del espacio para todas las partes responsables y, en consonancia con el derecho inherente de autodefensa, disuadir a otros de interferencias y ataques, defender sus sistemas espaciales y contribuir a la defensa de los sistemas aliados. Con ello, la política espacial estadounidense además de haber propuesto medidas de acción propia se disponía a cooperar con terceros en pos de asistir para afianzar la estabilidad espacial (Samson, 2010).

Para perseguir estos objetivos la política espacial estadounidense retomó los lineamientos de la política exterior nacional de recuperar el liderazgo norteamericano en la esfera internacional y de apelar a la cooperación como estrategia para vincularse y abordar las problemáticas. En referencia al primer punto, Washington estableció como directriz intersectorial el “Fortalecimiento del liderazgo estadounidense en el espacio”.

Al respecto EEUU buscó dar el ejemplo como el principal actor comprometido con la seguridad, estabilidad y sustentabilidad espacial y promotor del comportamiento responsable, no para dominar la política ultraterrestre, sino para repartir apropiadamente los costos y riesgos de la actividad. Es decir, el gobierno americano no pretendió excluir actores sino liderar para maximizar los beneficios entre todas las partes responsables. Ejerciendo un rol de liderazgo revitalizado, la administración Obama asumió los esfuerzos por promover y asentar el comportamiento responsable. De hecho, a modo de ejemplo, la política espacial nacional instaba a que EEUU persiguiera medidas bilaterales y multilaterales de transparencia y fortalecimiento de confianza para fomentar las acciones responsables y el uso pacífico del espacio exterior. A través del establecimiento de estas conductas de confianza, Washington estimuló un cambio de perspectiva respecto a problemáticas como el control de armamentos, virando más bien hacia un control de comportamiento, más amplio y abarcativo, y que permitía eludir problemas de definiciones (Samson, 2009).

Más aún, de acuerdo con documentos de la campaña electoral donde se discutía la plataforma de política espacial de los EEUU, Obama utilizó al espacio ultraterrestre como un instrumento estratégico para fortalecer las relaciones con sus aliados, reducir conflictos y acercarse a otros actores. En este sentido el candidato buscó recuperar el liderazgo involucrando a las naciones en cuestiones claves como las discusiones sobre cómo prevenir que el ambiente espacial se convierta en un nuevo campo de batalla, dadas las crecientes tendencias a emplazar armas en el espacio y al desarrollo de sistemas anti satélites (ASAT por sus siglas en inglés). Así desde una posición de liderazgo, EEUU se abrió paso para establecer un consenso sobre acciones responsables e irresponsables y estructurar las bases para la estabilidad espacial (Samson, 2010).

Bajo una fuerte presión financiera producto del costo de dos frentes de guerra todavía abiertos y una economía global en depresión, el gobierno de Obama no estuvo dispuesto a solventar por su propia cuenta gastos de desarrollo, adquisición y mantenimiento de sistemas tecnológicos espaciales. En este sentido, EEUU consideró que necesitaba de la cooperación en el espacio exterior con otros actores debido, principalmente, al alto grado de interdependencia que suscitan las actividades espaciales, es decir, a la condición básica de que las acciones de uno son susceptibles de afectar al resto. Sobre la base de esta consideración la política nacional espacial de los EEUU hizo

un llamado explícito a la cooperación, subrayando que un esfuerzo internacional colectivo por cooperar en el espacio exterior era vital para comprometer a los actores a actuar de manera responsable y en pos de los objetivos e intereses comunes de garantizar el mantenimiento de la estabilidad, seguridad, uso pacífico del espacio, y en especial de encaminarse hacia la sustentabilidad del medio ambiente ultraterrestre (Santos Vieira de Jesus, 2013).

Política Federal Espacial de Rusia

Desde el inicio de la era Putin, los intereses nacionales de Rusia se definieron de manera consecuente y a largo plazo. Moscú estableció como objetivo primordial de la política exterior para el siglo XXI la consolidación de Rusia como potencia global y actor protagónico del escenario internacional. Para ello, con un marcado pragmatismo político, el Kremlin se propuso robustecer la seguridad nacional controlando el exterior cercano, diversificar la economía mediante una estrategia de diplomacia de mercado y elevar su influencia global a través de los organismos e instancias internacionales. En este marco, el espacio exterior fue identificado como una dimensión propicia para impulsar estos objetivos. Dada su vasta experiencia y tradición en materia de exploración espacial, Rusia se constituyó como un actor central en el espacio exterior con claras ventajas competitivas, por lo que lo consideró como una región estratégica para potenciar sus capacidades militares en la tierra, proveer funciones de inteligencia y comunicaciones, obtener beneficios económicos, generar desarrollo científico y técnico, alcanzar un status de prestigio en tanto potencia espacial y proyectarse como líder global para dar forma al sistema internacional según su visión del nuevo mundo multipolar (Jackson, 2018).

La política espacial de Rusia ha sido determinada, desde el año 1993 por la Ley de Actividades Espaciales y a partir de un proceso de toma de decisiones del que participan el presidente, el Consejo de Seguridad, el gobierno (en particular el ministerio de defensa y el ministerio de finanzas) y la agencia espacial Roscosmos.¹² Por su parte,

¹² La Agencia Federal Espacial o Roscosmos, creada a partir del decreto presidencial “De los Sistemas y Estructuras del Cuerpo Federal que representan al Poder Ejecutivo” de marzo de 2004, se constituía como un órgano con status ministerial, reportando directamente al gobierno, pero que operaba como una autoridad independiente del poder ejecutivo en relación a las actividades

las actividades espaciales rusas se han llevado a cabo sobre la base de un conjunto de diversos programas a largo plazo: Programas Federales Objetivos (FTP) y Subprogramas (SB). Dentro de los FTP se encuentra principalmente el Programa Federal Espacial (FSP), el cual se constituyó como el documento oficial donde queda plasmado el plan de acción para las actividades en el espacio exterior, junto con los objetivos generales y las prioridades centrales (Aliberti & Lisitsyna, 2019).

Particularmente, el FSP 2006-2015 adoptado por el Presidente y gestionado por Roscosmos y el ministerio de defensa, determinaba tres objetivos principales: aumentar la seguridad nacional y fortalecer la posición de Rusia en el mundo, contribuir al desarrollo de la economía rusa e incrementar el bienestar de sus ciudadanos. (Jackson, 2018)

Para la consecución de estos objetivos, el Kremlin se propuso desarrollar una serie de actividades bajo el marco de una planificación estratégica. Entre ellas se destacaron la programación y realización de proyectos a gran escala de alto interés para la ciencia (como los programas de exploración lunar, marciana y de Venus, y el lanzamiento de observatorios de nueva generación para investigaciones astronómicas y astrofísicas); acelerar el desarrollo progresivo de tecnologías espaciales con potencial científico e industrial, que pudieran ser utilizadas además en actividades que generen beneficios en otros sectores de la economía; la estimulación del desarrollo de asociaciones público-privadas que brinden servicios para las actividades espaciales; la producción constante de activos espaciales, con fines comerciales, para los servicios de comunicación, navegación, transmisión de radio y televisión, teledetección, lanzamientos y vuelos tripulados; el desarrollo de medidas que garantizaran la sostenibilidad a largo plazo de las actividades en el espacio y que tuviesen por fin proteger el medio ambiente ultraterrestre, incluyendo el espacio cercano a la Tierra y el espacio profundo, de acuerdo a los principios y reglamentos rectores internacionalmente aceptados en materia de prevención

civiles aeroespaciales y como centro de coordinación de actividades espaciales militares junto con el Ministerio de Defensa (Aliberti & Lisitsyna, 2019).

y reducción de la contaminación espacial y seguridad de las actividades espaciales¹³ (Zak, 2022) (Edelkina, Karasev, & Velikanova, 2015).

Por otra parte, y en perspectivas de orientar la política espacial de acuerdo con los objetivos centrales de la política exterior, desde el Kremlin se identificaron un conjunto de prioridades fundamentales a ser respetadas a la hora de definir los planes de acción en el espacio exterior. Como primera prioridad se destacó la necesidad de asegurar el acceso de Rusia al espacio exterior desde su propio territorio y garantizar la continuidad del uso y desarrollo de la tecnología, bienes y servicios espaciales en beneficio de los intereses socioeconómicos de Rusia, así como también el desarrollo de una industria aeroespacial y de cohetes lanzadores. En segundo lugar, se estableció como prioritaria la actividad relacionada con la creación de activos espaciales en interés para la ciencia a fin de posicionar a Rusia como una potencia en investigación y exploración espacial con tecnologías y sistemas de última generación. Por último, la tercera prioridad se relacionó con mejorar y extender las capacidades en materia de vuelos tripulados a otros planetas y cuerpos celestes del sistema solar, así como también en materia de presencia humana extendida fuera de la órbita terrestre para mantener y profundizar el liderazgo de Rusia (Edelkina, Karasev, & Velikanova, 2015).

La planificación estratégica de las actividades espaciales rusas tradicionalmente posicionó a la cooperación internacional como un componente esencial del programa espacial. Ya sea producto del pragmatismo político de los dirigentes rusos o la percepción del espacio ultraterrestre como un terreno oportuno para acercar al país a otros actores del sistema internacional, Rusia siempre se mantuvo abierta y receptiva a la cooperación internacional, demostrando repetidas veces la importancia que otorga a los compromisos internacionales. De igual forma, para el abordaje de las problemáticas relativas a las actividades espaciales y el uso del espacio exterior, Rusia se ha destacado por privilegiar

¹³ Rusia ha establecido al respecto una base jurídica sobre la cual es posible trabajar para resolver los problemas de los desechos espaciales. En el documento oficial “Base de la política de la Federación Rusa en materia de actividades espaciales para el periodo 2012-2020 y perspectivas a largo plazo” aprobado en 2008 por el presidente, se estipulan las medidas principales para garantizar la seguridad de las actividades espaciales e introducir tecnología y tipos de construcción que reduzcan al mínimo la generación de desechos cuando se lancen y utilicen naves y estaciones espaciales (C.U.P.U.O.S., 2012).

las vías diplomáticas. Mediante una activa participación y utilización de los organismos multilaterales, Moscú ha buscado aprovechar los marcos normativos para generar consensos y conformar posiciones cercanas a sus criterios e intereses. Especialmente en el marco de la gobernanza global, el Kremlin ha perseguido activamente tanto leyes vinculantes como normas no vinculantes para prohibir y controlar a el emplazamiento de armas en el espacio exterior, a la vez que ha abogado por medidas de transparencia y construcción de confianza (TCBMs, por sus siglas en inglés) (Jackson, 2018).

La cooperación de Rusia en el ámbito espacial internacional ha sido impulsada generalmente por una combinación de factores programáticos y objetivos políticos, que incluyen desde necesidades de financiamiento, necesidades tecnológicas, propósitos industriales y comerciales, y hasta objetivos de política exterior.

Respecto a los factores programáticos, la mayoría de las actividades de cooperación espacial respondieron a una necesidad de financiamiento. Es decir, la cooperación era percibida por el gobierno como una fuente instrumental para conseguir fondos externos y reducir la carga de los costos a través de la coparticipación de partes asociadas. De esta forma, el Estado se aseguró de llevar a cabo proyectos que serían difícilmente posibles de emprender por cuenta propia, además de dotar a los programas de mayor estabilidad, continuidad, eficacia y obtener nuevas fuentes de recursos. Aparte de estos beneficios, optar por la cooperación le significó a Rusia acceder a una gran fuente de conocimiento técnico (Aliberti & Lisitsyna, 2019).

Por otro lado, Rusia logró vincular la cooperación espacial como una herramienta para cumplir con sus propósitos políticos y estratégicos. En primer lugar, el intercambio técnico supo generar un efecto derrame sobre la economía e industria, que Rusia consiguió absorber para impulsar los objetivos de desarrollo macroeconómico y modernización. En segundo lugar, la participación en grandes proyectos de cooperación (como en la Estación Espacial Internacional) sirvió de forma provechosa para que el país cultivara una buena imagen y prestigio diplomático. En última instancia, la cooperación espacial con otros países le permitió por un lado, fortalecer sus vínculos políticos con socios estratégicos (ya sea con naciones emergentes en el ámbito espacial como Brasil y Corea del Sur o aliados no occidentales con capacidades espaciales desarrolladas como China, India e Irán), y por otro lado, le permitió a Rusia diversificar sus vínculos internacionales expandiendo su cartera de socios y especialmente acercarse a países con

los que guarda ciertas rispideces, como es el caso de EEUU y la UE (Aliberti & Lisitsyna, 2019).

El papel de la Agencia Federal Espacial ha sido esencial para desarrollar la cooperación internacional, dado que las iniciativas y programas espaciales colaborativos tienen lugar dentro del marco intergubernamental. Roscosmos participó siempre de los diferentes esquemas de cooperación con socios extranjeros, aportando una gran variedad de objetivos, que van desde el intercambio de datos, tecnología e información y diálogos políticos, hasta el diseño y puesta en marcha de programas de gran escala (Mathieu, 2008).

En este punto, es importante destacar que para Rusia la cooperación no tiene el mismo significado que para los países de occidente. De hecho, mientras que estos últimos consideran a la cooperación, no como actividades basadas en un intercambio de fondos, los rusos por el contrario tienden a valorar la cooperación en términos de compra y venta de tecnologías y productos. En consecuencia, a pesar de los resultados materiales positivos, en términos políticos la cooperación estuvo sujeta a la limitación de los objetivos principalmente económicos y tecnológicos; por lo que el potencial político (*soft-power*) que se obtenía de una participación activa en la esfera de las actividades espaciales, pronto comenzó a erosionarse y a reducir los beneficios de la cooperación únicamente a los intercambios tecnológicos (Pavel, 2013).

CAPÍTULO III

III.1 Cooperación Espacial Bilateral: interdependencia tecnológica

Las relaciones bilaterales entre EEUU y Rusia en el espacio ultraterrestre han sido las más importantes desde el inicio de la era espacial. Por más de 60 años a través de sus interacciones, ya sean dentro del paradigma de competencia o de cooperación, ambas potencias han moldeado las tendencias, marcado los ritmos y establecido las prioridades de la agenda espacial. Si bien estas interacciones siempre han sido complejas y han estado estrechamente vinculadas con las relaciones políticas más amplias, pareciera ser que sin importar cuán tensa hayan sido las interacciones bilaterales, dado las relaciones de dependencia mutua que los dos socios han alcanzado a lo largo de los años, la cooperación siempre ha estado presente en la consideración para el diseño de sus políticas espaciales (Aliberti & Lisitsyna, 2019).

Entendiendo desde un primer momento, que cooperar en un área de interés común, especialmente en un ámbito desafiante como el espacio ultraterrestre, podría traer aparejado mayores beneficios colectivos que el accionar individual y que además favorecía a la construcción de relaciones más estables y amistosas, ambos países optaron por desarrollar y profundizar la cooperación a través de la participación conjunta en numerosos programas y proyectos. Asimismo, el continuo accionar cooperativo contribuyó a la configuración de una condición de interdependencia tecnológica, dentro de la cual se volvió inevitable la consideración mutua de ambas potencias a la hora de operar en el espacio exterior. Es decir, el entramado de relaciones tejidas por las comunidades científicas y técnicas entre ambos países dejó un terreno fértil para proyectar la cooperación espacial. Como resultado, quedó de manifiesto que a pesar de las distintas diferencias políticas que surgieron de la relación bilateral a lo largo de la historia, en materia de exploración espacial, entre EEUU y Rusia lograron construir un fuerte alrededor de la cooperación para evitar que esta dinámica se viera afectada por las tensiones políticas latentes (Bermúdez, 2017).

Esta ventaja es representada por la Estación Espacial Internacional (EEI). Esta, además de constituirse como el proyecto de cooperación espacial más ambicioso, costoso y longevo en la historia de la exploración del cosmos, simboliza uno de los mayores logros diplomáticos, en cuanto unió a las dos superpotencias espaciales en un proyecto

de alta complejidad, siendo que, tanto para uno como para otro acudir a la contraparte siempre fue preferible que prescindir de la colaboración y participación conjunta.

Si bien la cooperación entre EEUU y Rusia en la EEI inició formalmente con la firma del Acuerdo Intergubernamental fundante de la Estación Espacial Internacional el 29 de enero de 1998, la colaboración se ha extendido a lo largo de los años, como fruto de la interdependencia tecnológica. Puesto que la estructura operativa de la estación se compone fundamentalmente de dos grandes segmentos orbitales de origen ruso y estadounidense, ambos Estados se han vinculado fluidamente para garantizar el continuo funcionamiento de la estación, los servicios y las misiones espaciales, especialmente a pesar de las tensiones y rispideces bilaterales (Marín, 2023).

En este sentido, la NASA se encarga del mantenimiento y la gestión general de la estación, la coordinación de las operaciones, la seguridad y protección de la nave y su tripulación, la construcción de hardware integrado (ITS, paneles solares, radiadores) y desarrolla y opera los grandes sistemas dentro de la estación, como el control térmico, los soportes vitales, la navegación, los sistemas de energía y la comunicación, entre otros. En cuanto a Roscosmos, la agencia espacial rusa, contribuye a la EEI con sus sistemas de cohetes lanzadores (Proton, Angara, Rockot), las naves para vuelos tripulados y cápsulas de emergencia Soyuz, y las naves de abastecimiento Progress (NASA, 2014).

Conscientes de esta condición, en agosto de 2008, en plena campaña electoral, la administración Obama lanzó un comunicado sobre la política espacial de EEUU titulado *“Advancing the Frontiers of Space Exploration”*, donde se destacó la importancia de la cooperación en la EEI como una herramienta diplomática para fortalecer los vínculos con los aliados, reducir conflictos futuros y acercarse a socios no tradicionales y comprometer a miembros del mundo desarrollado a desempeñar actividades espaciales responsablemente. Más allá de ser una declaración de principios esta premisa ponderaba los vínculos con sus socios estratégicos en el marco de la EEI, específicamente con Rusia, ya que era esta quien le garantizaba el acceso a la estación; siendo que entre 2009 y 2016 ambas potencias espaciales concretaron 21 vuelos tripulados a la EEI, misiones que incluyeron intercambio de tripulación y transporte de astronautas y cosmonautas entre los programas espaciales de la NASA y Roscosmos (Aliberti & Lisitsyna, 2019).

En el marco de estas operaciones, la NASA y Roscosmos concretaron efectivamente una de las misiones espaciales tripuladas más desafiantes jamás llevada a cabo por ambas agencias. La misión emprendida por el cosmonauta Mijail Korniyenko (Roscosmos) y el astronauta Scott Kelly (NASA) que despegó el 27 de marzo de 2015 a bordo de un cohete *Soyuz-FG* desde el Cosmódromo de Baikonur (Kazajistán) requirió de un estrecho trabajo y monitoreo en conjunto, crucial para la seguridad del equipo y el propósito del programa. La misión implicó una ardua coordinación integral de tareas entre las dos agencias espaciales. Entre la NASA y Roscosmos se encargaron conjuntamente de la planificación general del programa desde su inicio hasta el fin, lo cual implicó la selección de la tripulación, la preparación física y psicológica de los mismos en los centros de entrenamiento de las agencias, el lanzamiento a la EEI, junto con todos demás trabajos de monitoreo, comunicación, control y seguimiento médico y operaciones para estudiar la evolución de los astronautas en el espacio. Además, se requirió de una gran combinación logística entre el Centro Espacial Johnson de la NASA, el Cosmódromo ruso en Baikonur y la tripulación de la EEI para las operaciones de acoplamiento, reentrada terrestre y rescate de tripulación (Halperin & Schwarz, 2016).

Más allá la gran capacidad de coordinación entre ambos países, lo más destacable de esta enorme misión fue el espíritu de compañerismo entre los astronautas y cosmonautas y la predisposición para trabajar a la par. Especialmente en un momento donde las relaciones bilaterales atravesaban altas tensiones, los miembros de la tripulación lograron priorizar los vínculos profesionales y los objetivos de la misión por sobre cualquier diferencia político-ideológica entre sus gobernantes en la tierra. Al respecto Scott Kelly manifestó:

“Obviamente hay tensiones entre EEUU y Rusia, pero eso no es algo de lo que los miembros de la tripulación hablen alguna vez. Nosotros no somos políticos, y eso se lo dejamos a ellos para que lo discutan por nosotros. Por un lado, somos amigos y no queremos que la política afecte nuestra amistad. Pero la razón más importante es que dependemos uno del otro para nuestras vidas” (Traducción desde Halperin & Schwarz, 2016).

Para soslayar la fortaleza de la cooperación espacial construida en base al alto grado de interdependencia tecnológica entre EEUU y Rusia, identificamos los episodios de febrero de 2014, como un parteaguas de la política espacial. Tras los avances del

Kremlin sobre Ucrania y la consecuente anexión de la península de Crimea, Washington anunció como respuesta una serie de sanciones económicas y financieras contra Rusia. Aunque la relación bilateral se vio comprometida íntegramente, al punto tal que la NASA decidió suspender cualquier tipo de colaboración con Roscosmos, excluyó de estas medidas la suspensión de aquellas actividades que se desempeñaban en el marco de la EEI y todos aquellos programas relacionados de forma directa o indirecta con la misma. Claramente esta decisión fue tomada en base a un cálculo racional, ya que fundamentalmente sin la participación rusa, los astronautas norteamericanos no podrían haber viajado a la estación espacial. Los dirigentes rusos tampoco decidieron utilizar esta ficha en el tablero de la estrategia mundial, ya que Roscosmos también dependía de la NASA para garantizar las comunicaciones continuadas con la EEI para alimentar de energía el segmento orbital ruso (Marín, 2014).

III.2 Acercamiento selectivo

En tanto instrumento político, ya sea en el sentido general como en su aplicación más selectiva, la cooperación adquirió un nuevo ímpetu hacia mediados de la primera década del siglo XXI, con el advenimiento de la globalización, el multipolarismo y en consecuencia la interdependencia. Frente a los desafíos propios de esta naturaleza política, además de las condiciones internas de cada país, tanto Washington como Moscú percibieron la necesidad de reestructurar los diseños y enfoques de sus políticas exteriores, ajustándose en favor de incorporar estrategias de vinculación que privilegiaran el multilateralismo y sobre todo la cooperación.

Con el propósito de restaurar la reputación de EEUU en el mundo y posicionarse como un agente ordenador de la política internacional, Obama apeló a la acción colectiva como una estrategia política efectiva para comprometer y repartir las responsabilidades globales entre los actores internacionales. En cuanto a Rusia, bajo el objetivo central de recuperar el rol de potencia mundial y actor de relevancia dentro del sistema, Medvedev distinguió a la cooperación como un factor sustancial para reinsertarse en el escenario internacional, acercarse a jugadores estratégicos, obtener recursos para impulsar la modernización del país, introducir criterios propios en la agenda global y en especial reconstruir la imagen de Rusia en el mundo.

Más aún, la cooperación no solo se erigió como instrumento particular de cada administración para el abordaje de las distintas problemáticas de la política internacional, sino que sobre todo sirvió como estrategia de vinculación bilateral. Particularmente con la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca, desde Washington se intentó avanzar hacia Moscú a través de un acercamiento en múltiples frentes, es decir a través de una política que evitara caer en el *buisness as usual*, y se dedicara a construir una relación más sólida sobre la base de distintas áreas de cooperación (McFaul, 2018).

Enmarcadas dentro de la denominada política de *reset*, esas iniciativas de cooperación fueron bien recibidas por el presidente de la Federación Rusa, Dimitri Medvedev; quien tras un encuentro fructífero con su homólogo estadounidense en la Cumbre del G20 en Londres 2009, manifestó su optimismo respecto al vínculo con EEUU y remarcó su predisposición a cooperar al reconocer que existen más puntos de contacto entre los dos países de los que los dividen (Stent, 2014). Si bien la iniciativa había surgido desde la administración estadounidense con la perspectiva de acercarse a Rusia para controlar ciertas tensiones globales, pronto ambos gobiernos reconocieron el beneficio mutuo que implicaba renovar el vínculo político mediante un esquema de cooperación selectiva en áreas de interés común, al lograr un mayor grado de confianza y entendimiento necesario para destrabar y reducir fricciones en otros temas de la agenda bilateral.

Para Rusia, la política de *reset* representaba una oportunidad óptima en cuanto que el acercamiento con EEUU era un catalizador para ingresar a la OMC, acercarse nuevamente a Europa, negociar con la OTAN y obtener mayor margen de maniobra para operar en el espacio postsoviético (Lo, 2015). Para la administración Obama, las principales preocupaciones giraban en torno a las potenciales amenazas que implicaban cuestiones como el avance armamentístico, la proliferación nuclear en países como Irán, el emplazamiento de sistemas de defensa antimisiles o el crecimiento del extremismo islamista en Irak, Afganistán y Siria. Con una actitud favorable del Kremlin respecto a estos temas, el gobierno estadounidense se aseguraba no solo controlar a una potencia de riesgo como era Rusia, sino también mantener un equilibrio más estable en relación con sus intereses nacionales (Pifer, 2009).

No solo desde los círculos gobernantes se percibía un mayor optimismo, sino también desde la opinión pública reflejaba una evolución hacia una tendencia favorable.

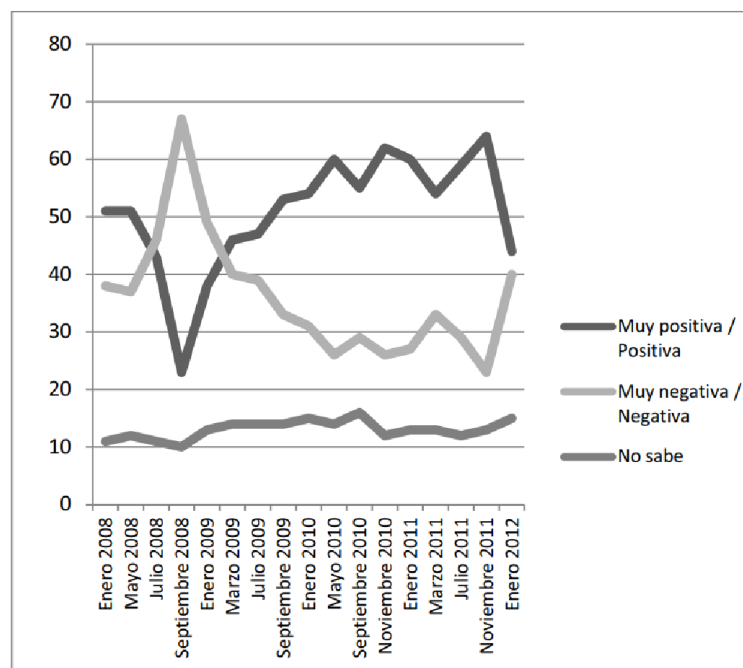


Figura 4 Respuestas rusas a la pregunta de encuesta “¿Cuál es su actitud en general hacia EEUU? (%) (Morales, 2012)

Concretamente, el esquema de cooperación selectiva tenía por finalidad identificar áreas de cooperación y llevar a cabo proyectos y acciones conjuntas que reforzaron la estabilidad estratégica, la seguridad internacional, el bienestar económico y el desarrollo de vínculos entre los pueblos rusos y americanos. Para ello, ambos gobiernos decidieron avanzar hacia un mayor grado de institucionalidad creando un mecanismo bilateral permanente: la Comisión Presidencial Bilateral, coordinada por ambos ministros de Exteriores y bajo el liderazgo de sus presidentes, se componía de veinte grupos de trabajo que desempeñaban actividades que incluían desde la simple celebración de reuniones e intercambios de información hasta la toma de decisiones y acciones conjuntas¹⁴ (Morales, 2012). Especialmente, dentro de este conjunto se dispuso el grupo de trabajo encargado de abordar y desarrollar la cooperación espacial, en cuanto que, el espacio ultraterrestre

¹⁴ Un ejemplo de acción conjunta en el marco de esta comisión fue el plan desarrollado por el Grupo de Trabajo sobre Cooperación Militar que estipulaba la realización de una serie de actividades y ejercicios conjuntos que, entre otras cosas, simulaban escenarios de secuestro de aviones (*Vigilante Eagle*), simulaban el transporte por tierra de cabezas nucleares (*Crimson Rider*) o coordinaban las fuerzas navales para potenciar la interoperabilidad en la lucha contra el terrorismo y la piratería (*Pacific Eagle*) (Morales, 2012).

como escenario donde ambas potencias llevaban a cabo múltiples actividades, se situaba como una dimensión de importancia estratégica y como polo de intereses individuales y compartidos.

En este punto, resulta necesario para enmarcar esta lógica de vinculación, volver a distinguir el carácter interdependiente de la relación bilateral; ya que sobre la base de esta condición de dependencia mutua ambos gobiernos han elegido la cooperación como una forma de articular las relaciones, de modo tal que no solo les reditúa beneficios mayores de los que percibirían actuando de manera unilateral, sino que también funcionó como una palanca de acercamiento para destrabar tensiones en otras áreas de la agenda bilateral. No obstante, la decisión de optar por una estrategia de cooperación encuentra su sentido al considerar los elementos básicos que constituyen una situación de interdependencia. Es decir, a partir de la presencia de ciertos elementos que hacen a una situación de interdependencia, los gobiernos, guiados por un sentido del pragmatismo, observan que cooperar es más beneficioso que competir; en cuanto que prefieren ajustar ciertas políticas a través de un proceso de negociación y coordinación para estimular la compatibilidad y factibilidad de la realización de sus propios objetivos, a que mantener posiciones rígidas e intentar forzar un cambio de políticas que obstaculizan sus objetivos e intereses individuales (Keohane, 1988).

Como bien vimos, Keohane y Nye (1988) destacan tres características principales de una situación de interdependencia: múltiples canales de interconexión e interpretación entre las sociedades; ausencia de jerarquía en los asuntos de política mundial; rol reducido de las fuerzas militares. Particularmente dentro de las relaciones bilaterales entre EEUU y Rusia, estas condiciones están presentes, en la medida que ambos países tienen conexiones económicas y políticas en diversos temas, entre ellos, comercio bilateral, foros internacionales, participación en el Consejo de Seguridad de la ONU y conflictos latentes como Siria y Ucrania o puntos de tensión con la OTAN y el espacio postsoviético. Además, a pesar de las diferencias diplomáticas que han tenido ambos países por sus intereses opuestos, nunca ha habido un enfrentamiento militar directo, sino que la mayoría de las sanciones contra Rusia han sido de tipo económico y diplomático. Por lo que, independientemente de la importancia que toman las fuerzas armadas para ambos Estados, estas comprobaron no ser del todo indispensables para conducir las relaciones bilaterales. Y si bien en temas políticos, e incluso económicos, existen tensiones, en otras

áreas temáticas, como en materia espacial, se distinguen terrenos para la cooperación (Pirateque Perdomo; Martínez Cruz, 2021).

Para ambas administraciones, el espacio exterior funcionaba como un catalizador de intereses y objetivos de la política exterior; y la cooperación en este ámbito, implicaba mayores beneficios mutuos que el accionar individual. En líneas generales, la cooperación favorecía a alcanzar resultados óptimos, utilizando recursos de manera más eficiente y reduciendo los costos y riesgos, y, además, permitía beneficiarse de la especialización y el intercambio tecnológico y contribuir al fortalecimiento del vínculo bilateral a través del desarrollo de medidas de transparencia y confianza (Voronina, 2016).

En particular, para EEUU la cooperación con Rusia en el espacio exterior representaba múltiples beneficios en distintos aspectos. Económicamente la asociación espacial con Rusia implicaba para la administración de Obama una suerte de descompresión presupuestaria. Recordemos que Obama asumió en un contexto de crisis financiera global y con un alto gasto público debido entre otras cosas al costo de mantenimiento de dos frentes abiertos en el extranjero. Esto llevó a que en política espacial la administración recortará el presupuesto de la NASA y cancelara el Programa Constelación¹⁵ para vuelos espaciales tripulados, eliminando la futura capacidad de EEUU para acceder al espacio por cuenta propia. En reemplazo la NASA debió acudir alternativamente a Rusia para viajar en sus naves *Soyuz* (Marín, 2011).

Por otra parte, estratégicamente, según el Instituto de Política Espacial y el Instituto de Estudios Europeos, Rusos y Euroasiáticos, la cooperación con Rusia en materia espacial, constituyó un elemento clave para EEUU en la medida que por un lado, a partir de un fluido intercambio tecnológico y científico estipulados dentro de acuerdos

¹⁵ El proyecto del *Programa Constelación* tiene su origen tras la catástrofe del Transbordador Columbia en 2003, y como necesidad de diseñar un nuevo sistema de transporte espacial. Compuesto por la familia de cohetes lanzadores *Ares* y las capsulas módulos de tripulación *Orión* (para acoplar con la EEI) y *Altair* (para exploración lunar), el programa previó un gasto de USD 15 billones. En evidencia de serias dificultades técnicas y programáticas, un panel conformado para estudiar la viabilidad del proyecto (*Comisión Augustine*) recomendó la cancelación y la delegación del desarrollo de esos sistemas al sector privado (Launius, 2022).

de cooperación, se restringía a Rusia de compartir avances tecnológicos espaciales con otros países como Irán, que representaban una amenaza para la seguridad norteamericana por su desarrollo nuclear; y por otro lado se percibía que la cooperación servía para disminuir las visiones nacionalistas rusas sobre el desarrollo espacial, que podría estimular una carrera armamentista (Logsdon & Millar, 2001). Finalmente, la administración Obama percibió un beneficio diplomático al cooperar con Rusia, puesto que logra enmarcar las relaciones espaciales dentro del régimen internacional que rige las actividades ultraterrestres a través de la construcción de medidas de transparencia y confianza mutua, garantizando un virtual respeto y compromiso con los principios y propósitos del Tratado del Espacio Exterior, especialmente en relación al uso pacífico del espacio.¹⁶ Cooperando con la principal potencia espacial, Washington se perfilaba de cara a sus principales objetivos de asegurar la estabilidad, seguridad y sustentabilidad del espacio exterior, y sobre todo al funcionar como agente articulador de la cooperación encauzaba su propósito de fortalecer el liderazgo estadounidense en el espacio (Rose, 2016).

Para Rusia los mayores beneficios obtenidos de la cooperación con EEUU han sido económicos y financieros. Principalmente la agencia espacial rusa, Roscosmos, obtuvo importantes ganancias por prestar el servicio de transporte espacial a la NASA a través de la venta de asientos en las naves *Soyuz*, para mantener la presencia de astronautas estadounidenses en la EEI. De esta situación se hace evidente una particularidad que los autores Keohane y Nye observan de la interdependencia, y es que rara vez esta situación es simétrica, por lo que la distribución de los costos y beneficios deben observarse en función de la sensibilidad y la vulnerabilidad de los actores. Para los actores envueltos en una relación interdependiente no pueden conocerse los costos y beneficios considerando a un actor individualmente. Sino que hay que tener en cuenta los grados de sensibilidad y vulnerabilidad de las distintas contrapartes. Por sensibilidad los

¹⁶ Después de la colisión de satélites en 2009 entre uno de origen ruso fuera de servicio y otro de telecomunicaciones comercial de EEUU, funcionarios y expertos en políticas espaciales de ambos países entablaron reuniones bilaterales para abordar temas de transparencia y medidas de confianza mutua (TCBMs por sus siglas en inglés) en el espacio exterior. Entre estos se destacó la importancia de mejorar la interoperabilidad de los sistemas de información y alerta temprana de amenazas (Aliberti & Lisitsyna, 2019).

autores refieren a “una contingencia ante los efectos de costo impuestos desde afuera antes que se puedan modificar las políticas para tratar de cambiar la situación”. Mientras que la vulnerabilidad se define como “la desventaja de un actor que continúa experimentando costos impuestos por acontecimientos externos aun después de haber modificado las políticas” (Keohane & Nye, 1988).

En este caso, Rusia logró aprovechar la vulnerabilidad estadounidense al perder su capacidad para acceder al espacio, a través de un efectivo control de los recursos, fijando los precios de tripulación.¹⁷ A su vez esto representaba una ventaja tanto diplomática como política, en el sentido que siendo la única potencia espacial con capacidad fiable para acceder al espacio regularmente, Rusia se consolidaba como líder en materia espacial. Además, al encontrar a EEUU en una situación de dependencia, Rusia percibía ventajas competitivas que le permitían compensar las asimetrías en otros ámbitos, como por ejemplo en el militar (Jackson, 2018). En otras palabras, esto implicaba un potencial aumento del *soft power* para Moscú, en la medida que al constituirse como potencia aeroespacial, obtenía créditos suficientes para moldear la agenda espacial, influenciar sobre los objetivos de otros actores y en especial conseguir mejorar su reputación en un sentido amplio (Pavel, 2013).

¹⁷ Según la Oficina de Auditoria de la NASA, Rusia aumentó los precios de los asientos en las naves *Soyuz*, un 384% entre 2006 y 2015, constituyéndose estos ingresos como las principales fuentes del presupuesto de la agencia espacial rusa (ver tabla 3.4) (Aliberti & Lisitsyna, 2019).

Tabla 1 Costo total por año de plaza en nave Soyuz

Año de lanzamiento	Nº de asientos	Costo total (\$ mill.)
2007	1	\$ 21.800
2008	1	\$ 21.800
2009	6	\$ 150.997
2010	6	\$ 158.550
2011	6	\$ 224.426
2012	6	\$ 306.000
2013	6	\$ 335.070
2014	6	\$ 361.875
2015	6	\$ 364.869
2016	6	\$ 424.045

Fuente: Elaboración propia en base a (Aliberti & Lisitsyna, 2019)

En otro orden, Rusia y EEUU también se beneficiaron de la cooperación desde el punto de vista tecnológico y científico. En el marco de la participación conjunta en la EEI y otros proyectos de exploración ultraterrestre, las comunidades académicas y científicas de ambos países mantuvieron constantes intercambios científicos y técnicos, que aportaron conocimiento tecnológico fundamental para el desarrollo, alcance y profundización de la exploración espacial (Aliberti & Lisitsyna, 2019).

Colaborando conjuntamente en programas tales como *Venera –D*, Odisea a Marte (HEND), Órbita de Reconocimiento Lunar (LRO) y el Laboratorio Científico de Marte (MSL), ambos países confiaron en los conocimientos y capacidades tecnológicas para requerirse mutuamente. Entre las distintas agencias espaciales, y el conjunto de instituciones y comunidades científicas especializadas mantuvieron un intercambio de conocimiento constante; por lo que, si bien un programa era iniciativa propia de un país, contaba necesariamente con un grado de participación del otro. Para el programa *Venera –D* de origen ruso y destinado a la exploración del planeta Venus, Roscosmos solicitó la participación de la NASA para el diseño y construcción de *hardware* para el aterrizaje de la sonda espacial. Para los programas de exploración marciana y de reconocimiento lunar emprendidos por la NASA, se requirió de componentes de tecnología rusa para la detección de neutrones de hidrógeno, necesarios para la determinación de la presencia de

agua en alguno de sus estados. Fundamentalmente, a través de la cooperación conjunta en los distintos programas, se estableció una retroalimentación continua de información y datos científicos útiles para ambos, y proporcionó oportunidades para acceder a tecnologías desarrolladas por la otra agencia (Marín, 2023).

A partir del fructífero intercambio tecnológico y la buena dinámica de cooperación y coordinación de actividades espaciales entre EEUU y Rusia, las intenciones de cooperar alcanzaron perspectivas de mayor envergadura y aspiraciones de mayor complejidad. En 2010 la NASA lanzó la iniciativa de construir una Estación Espacial Internacional situada sobre la cara oculta de la Luna con el objetivo principal de servir como plataforma para llevar a cabo misiones tripuladas al espacio profundo sin gastar demasiados recursos en el proceso. Para reducir los gastos de construcción de una nueva estación espacial, se contempló desde un primer momento la participación en conjunto con Rusia, estipulando que los contactos bilaterales se establecieran a nivel empresarial, entre las empresas Boeing (EEUU) y RKK Energía (Rus). Pero puesto a los enormes costos que implicaría, la administración Obama consideró que llevar a cabo tal proyecto sería inaceptable, por lo que el programa se canceló en su génesis. Además, tras el progresivo deterioro de las relaciones bilaterales entre Rusia y EEUU producto del conflicto ucraniano en 2014, el programa se vio aún más dificultado. (Marín, 2012).

A pesar de que el proyecto no prosperó, esta iniciativa dejó en evidencia la condición de reciprocidad que existía entre ambos Estados a la hora de diseñar proyectos en esta dimensión. Especialmente, al alto grado de interdependencia tecnológica se le termina de imponer una condición a partir de la cual las diferencias políticas se dejan de lado, las complementariedades mutuas se realzan y las opciones más redituables se priorizan por sobre los intereses políticos.

III.3. Alternativas políticas

En la medida que las condiciones de interdependencia se hacen presente, los autores observan que es posible diseñar políticas alternativas para transformar los recursos de poder potenciales en resultados efectivos. Los objetivos de los diferentes actores pueden cambiar de un área temática a otra, de acuerdo con distintas coyunturas y contextos, y lo mismo sucede en cuanto a la distribución de poder. En relación con las

actividades espaciales, observamos que EEUU y Rusia han diseñado estrategias políticas que bien podrían enmarcarse en las opciones descritas por Keohane y Nye.

En primer lugar, la cooperación en actividades espaciales sirvió para llevar a cabo una estrategia de vinculación y eslabonamiento de temas (*linkage*). Es decir, en virtud que el espacio exterior se compone como una dimensión política donde ambos actores tiene múltiples intereses individuales y compartidos, se buscó aprovechar la convivencia de los mismos tanto para alcanzar el máximo beneficio mutuo en actividades espaciales, así como para abrir nuevos canales de comunicación que permitieran impulsar un acercamiento político más amplio y que sirviera como herramienta de apalancamiento para disminuir tensiones latentes y/u obtener resultados cercanos a sus intereses nacionales en otras áreas (Tokatlian & Pardo, 1990).

De esta forma se esperaba que, el espacio exterior en tanto terreno fértil para la cooperación contribuyera al estrechamiento del vínculo, necesario para abordar cuestiones álgidas como la proliferación nuclear de Irán, el avance de la OTAN sobre el espacio postsoviético, el control de armamento y los sistemas de defensa antimisiles, las medidas antiterrorismo, y la protección y promoción de la democracia y los derechos humanos. También este acercamiento era de gran utilidad para vincular otras cuestiones en materia comercial y financiera, como por ejemplo el ingreso de Rusia a la OMC o el interés de EEUU de entrar en el mercado ruso; y otras cuestiones diplomáticas como el acercamiento de Rusia a los países de Europa occidental (Pifer, 2009).

En segundo lugar, bajo la condición que en un modelo de interdependencia los asuntos militares tienen otro grado de ponderación dentro la agenda política y que en efecto se abren espacios para la politización de nuevos temas, las administraciones de Obama y Medvedev otorgaron a las actividades espaciales una importancia propia dentro de la agenda bilateral. La diplomacia espacial pasó a ocupar un rol de importancia particular, en cuanto que permitía abordar de manera mancomunada los desafíos emergentes de las actividades en el espacio ultraterrestre y en tanto que se proponía expandir las oportunidades de colaboración internacional para garantizar que el uso, el acceso y la exploración de este ambiente se hiciera bajo los principios rectores del régimen espacial internacional (Mac Garry, 2023). En este punto, la diplomacia espacial que se enmarcó en la política del *reset* y la consecuente conformación de la Comisión Presidencial Bilateral, estipuló la cooperación espacial dentro de un grupo de trabajo

individual, compuesto por agentes especializados en la materia y con el propósito general de impulsar y desarrollar la misma.

En tercer lugar, dado la existencia de múltiples canales de interconexión y el mayor grado de participación que los organismos subnacionales adquirieron en el modelo de interdependencia, surgió como posibilidad de estrategia política, la profundización de las relaciones bilaterales a través de los vínculos transnacionales. Para el desarrollo de las actividades espaciales y la coordinación de proyectos y programas conjuntos, numerosos actores de EEUU y Rusia se vieron continuamente implicados. Desde las propias agencias espaciales, NASA y Roscosmos, en tanto organismos gubernamentales encargados de llevar a cabo la política espacial de cada país, hasta las distintas organizaciones no estatales que conforman las comunidades académicas y científicas, como el Instituto de Investigación Espacial de Rusia, y corporaciones del sector industrial espacial que cooperan bajo el formato de *joint ventures*; como por ejemplo la empresa International Launch Services (ILS) integrada por Lockheed Martin (EEUU), Khrunichev State Research and Production Space Center (Rus.) y Korolev Rocket and Space Corporation Energia (Rus.), con sede en Rusia y registrada en EEUU, que presta los servicios comerciales de lanzamientos de cohetes *Proton* (Aliberti & Lisitsyna, 2019).

Por último, se destaca dentro del modelo de interdependencia compleja un papel cada vez más relevante de los organismos internacionales. Los múltiples canales de conexión también implican una mayor participación de las organizaciones globales en cuanto a instancias o foros de concertación política y diplomática. A su vez se resalta su importancia al funcionar como mecanismos de regulación, coordinación y promoción de las distintas áreas temáticas. Con relación al espacio exterior, desde un primer momento las actividades ultraterrestres pasaron a ser reguladas por distintos órganos pertenecientes a Naciones Unidas¹⁸, siendo el COPUOS el comité principal para el abordaje de

¹⁸ Más allá de este comité se establecieron otros programas y organismos especializados para actividades más específicas: “Unión Internacional de Telecomunicaciones” (UIT); UN-SPIDER plataforma que facilita el uso de información obtenida en el espacio para la gestión de desastres y respuestas de emergencias; “Programa de ONU sobre Aplicaciones Espaciales” (SAP); “Comité Internacional del Sistema Global de Navegación por Satélite” (GNSS); “Infraestructura de Datos Espaciales” (IDE); “Conferencia de Desarme” (CD); “Instituto de ONU para la Investigación sobre el Desarme” (UNIDIR) (Schrogl, Spyros, & Baranes, 2011).

cuestiones de interés compartido, como uso de fuentes de energía nuclear en el espacio exterior, peligros potenciales derivados de objetos cercanos a la Tierra, desechos espaciales, interoperabilidad de sistemas globales de navegación satelital, entre otros. Tanto EEUU como Rusia no solo suscriben y aceptan de hecho las competencias de estos organismos, sino que también les han significado instancias propicias para el debate de problemáticas latentes en el espacio exterior como los temas de desarme, la no interferencia satelital y la mitigación de desechos espaciales.

CONCLUSIÓN

A lo largo de la presente investigación, nos hemos propuesto indagar sobre las relaciones de cooperación entre EEUU y Rusia en el ámbito de la política espacial durante el periodo que se extiende entre 2009 y 2016, correspondiente a la administración de Barack Obama y los gobiernos de Dimitri Medvedev y Vladimir Putin respectivamente. Teniendo en cuenta este objetivo se planteó como hipótesis principal que las relaciones bilaterales interdependientes buscaron reeditarse tomando de base áreas de interés compartido. En este marco, el espacio ultraterrestre se identificó como un campo propicio para emprender la cooperación y desarrollar actividades conjuntas.

Para dar cuenta de este fenómeno, hemos trazado en primera instancia una caracterización del contexto general, incorporando elementos que conformaron tanto la coyuntura interna de cada país como la realidad global del escenario internacional. En este punto, destacamos, por un lado, contextos internos atravesados por una necesidad de cambio y renovación nacional, producto de los efectos políticos, económicos y sociales que se desprendieron de las gestiones en los periodos anteriores. En el caso de la administración Obama, se tuvo que afrontar la profunda inestabilidad económica y financiera poscrisis del 2008, a los altos costos de tener dos frentes abiertos en el exterior y a los crecientes sentimientos antiestadounidenses que minaban la legitimidad de sus acciones. Para el caso de Rusia, se tuvo que emprender en primer lugar un proceso de reforma interna para sentar las bases políticas, económicas y sociales, y luego encaminar un programa de modernización para consolidar al país como una potencia mundial y lograr la reinserción en el sistema internacional.

Por otro lado, resaltamos un contexto externo marcado fundamentalmente por la dinámica de la globalización y la condición de interdependencia compleja. Al respecto, observamos que dado la intensificación, instantaneidad y ubicuidad con las que se desarrollan las relaciones internacionales, los actores se vieron cada vez más inmersos en una situación de dependencia mutua, donde las acciones de uno implicaban efectos recíprocos sobre los otros. Por lo que a la hora de definir sus lineamientos y objetivos de política exterior estas condiciones fueron determinantes. En este sentido, si bien cada gobierno estableció metas particulares de acuerdo con sus intereses nacionales, ambos

coincidieron en adoptar un enfoque pragmático que, como bien vimos, no escapó al vínculo bilateral, sino que fue la piedra basal del acercamiento mutuo.

Partiendo de esta concepción, consideraremos que la relación bilateral entre EEUU y Rusia se conformó sobre una base interdependiente, siendo que ambos países presentan conexiones políticas, económicas, financieras, estratégicas en diversos temas de la política internacional. Entre ellos, el espacio exterior apareció como una arena política donde no hay una clara superioridad o dominación de uno sobre otro, sino que ambas potencias además de poseer capacidades similares distinguieron intereses comunes que favorecieron la cooperación por sobre el conflicto (Pirante Perdomo & Martínez Cruz, 2021).

Fundamentalmente, detectamos que la percepción de dependencia mutua era un factor clave para la definición de la política bilateral, ya que ambos actores reconocían la importancia estratégica que se implicaban recíprocamente. Para Moscú, EEUU seguía siendo el actor con mayores capacidades para influir en el sistema internacional y por lo tanto de afectar los intereses de Rusia. Para Washington, Rusia contaba con recursos de poder estratégicos que podían representar un riesgo y amenaza para la estabilidad del sistema internacional. Por lo tanto, y gracias además a una convergencia de lineamientos en política exterior, que tendían por privilegiar la diplomacia, el multilateralismo y las instituciones internacionales, ambos gobiernos encontraron en la lógica de cooperación selectiva una oportunidad para identificar áreas de intereses compartidos.

El punto más esclarecedor de esta tendencia quedó plasmado a partir de la iniciativa de *reset* propuesta por la administración Obama y bien recibida por su homólogo ruso. Bajo la noción compartida sobre la necesidad de refundar el vínculo bilateral y lograr mayores niveles de confianza, Washington y Moscú acordaron en avanzar hacia un esquema de cooperación selectiva que tenía por finalidad identificar áreas de cooperación mutua y llevar a cabo acciones conjuntas que contribuyeran en definitiva a reforzar la estabilidad estratégica, la seguridad internacional, el bienestar económico y los vínculos bilaterales. Aun obteniendo resultados de suma relevancia, como la firma del “Nuevo Tratado START”, el gran logro del *reset* fue dotar a la cooperación práctica de un planeamiento de fondo, basado en el reconocimiento mutuo como actores relevantes, de importancia necesaria para seguir dialogando en ámbitos donde era posible alcanzar acuerdos o una coordinación de acciones (Morales, 2012).

A partir de esta mecánica, también pudimos notar en la relación bilateral la presencia de los rasgos característicos de una situación de interdependencia compleja, definidos por Keohane y Nye (1988). Especialmente, vimos que la existencia de múltiples canales de conexión, la ausencia de jerarquía entre asuntos y un rol reducido de las fuerzas militares, constituyeron en gran medida los elementos claves para que EEUU y Rusia optaron por desarrollar y profundizar los vínculos de cooperación, aun existiendo tensiones latentes en otros ámbitos de la política internacional.

En este marco, hemos distinguido en segunda instancia, al espacio exterior como un ámbito oportuno para el despliegue de la cooperación. Como bien hemos visto, en cuanto campo fértil para el desarrollo de políticas de poder, ya sea para la adquisición de recursos, el incremento del prestigio o la consolidación del *soft power*, la cooperación prevaleció por sobre el enfrentamiento; no solo durante nuestro periodo de estudio sino también a lo largo de toda la era espacial.

Esta naturaleza mayoritariamente cooperativa fue resultado de varios factores. En primer lugar, dado a las condiciones naturales del espacio ultraterrestre, la coordinación de acciones y la asistencia mutua representaron tareas esenciales para garantizar la seguridad e integridad de los actores espaciales. Siendo que el mismo se configura como un ambiente hostil, por la física de la microgravedad, la distancia a la tierra, la exposición constante a la radiación, la gran cantidad de desechos espaciales y la falta de oxígeno, entre otras cosas, cada operación humana representa un desafío sumamente costoso y riesgoso, tanto para los actores responsables como para cualquier otro, puesto que el alcance de las consecuencias es extensivo a toda la órbita y todo el planeta. En segundo lugar, a los fines de evitar la configuración del espacio exterior como un escenario de conflicto bélico, y sobre todo para encauzar la exploración ultraterrestre bajo el uso pacífico, se estableció el Régimen Espacial Internacional con el Tratado de 1967. En cuanto marco normativo destinado a regir las actividades espaciales y las relaciones entre los actores, se resaltaba primordialmente la cooperación y la asistencia mutua como principios fundamentales de su cuerpo jurídico. En tercer lugar, el carácter cooperativo se integró como un lineamiento estratégico en las políticas espaciales. En virtud del enfoque pragmático, ambas administraciones ubicaban al espacio exterior como un catalizador de sus intereses y objetivos en política exterior, ya que la cooperación en este ámbito implicaba mayores beneficios mutuos que el accionar individual. Por

consiguiente, dado al alto grado de implicancia relativa en el desarrollo de las actividades espaciales, la consideración recíproca era indefectiblemente una condición necesaria.

En suma, arribamos a la conclusión que el espacio ultraterrestre efectivamente se configuró como un área sólida para la construcción de esquemas de cooperación bilateral. Particularmente la colaboración favorecía a alcanzar resultados óptimos, permitía utilizar recursos de forma más eficiente, reducir los costos y repartir los riesgos y responsabilidades, patrocinaba el intercambio científico y tecnológico y contribuía al fortalecimiento del vínculo bilateral. A través de la programación de actividades conjuntas, la continuación de programas anteriores y la propuesta de nuevas iniciativas y proyectos, que tenían por común objetivo expandir el conocimiento sobre el cosmos y la vida fuera del planeta, ambas administraciones percibieron beneficios estratégicos. Por un lado, la NASA logró resguardar la continuidad de su programa tripulado gracias a los servicios de lanzamiento y transporte dispensados por la agencia espacial rusa; por otro lado, Roscosmos robusteció su perfil de líder espacial y extendía su acceso a información tecnológica y científica de alta importancia aportando instrumentos para la exploración espacial.

Teniendo en cuenta el recorrido realizado a lo largo de este trabajo de investigación, es posible considerar en última instancia que las relaciones bilaterales entre EEUU y Rusia durante las administraciones de Obama, Medvedev y Putin, ciertamente se orientaron hacia un acercamiento mutuo; reconociendo en el espacio ultraterrestre numerosos intereses compartidos desde los cuales era factible traccionar un proceso de negociación y coordinación de política.

Sin embargo, también observamos ante esta situación, y como bien plantea Robert Keohane (1988) que la existencia de cooperación no implica necesariamente una ausencia de conflicto, sino más bien refleja un esfuerzo por superarlo o evitar un enfrentamiento potencial. Claramente la relación entre EEUU y Rusia se ha visto atravesada por múltiples conflictos latentes que constantemente pusieron en juego la estabilidad del vínculo bilateral. Especialmente tras la invasión rusa a la península de Crimea en 2014 y el subsecuente paquete de sanciones económicas y comerciales impuestas por la administración Obama, la tensión política escaló a tal punto, que la relación bilateral sufrió un gran deterioro y particularmente la cooperación en áreas como el espacio ultraterrestre parecieron peligrar (Marín, 2014).

No obstante, y sobre la base de la condición de interdependencia, entre Washington y Moscú supieron diseñar políticas alternativas para transformar los recursos de poder potencial provenientes de las actividades espaciales, en resultados efectivos. A partir de estrategias de vinculación y eslabonamiento de temas, mediante la politización de nuevas cuestiones, interconectando los actores subnacionales y aprovechando las instancias internacionales y los organismos multilaterales, ambos Estados consolidaron vínculos de cooperación y a pesar de las tensiones en la tierra, en el espacio exterior lograron subsistir las relaciones de colaboración. Al respecto, la Estación Espacial Internacional ha representado el punto más alto de cooperación y coordinación de políticas de las potencias espaciales, elevando además los valores de asistencia mutua y uso pacífico del espacio exterior por sobre cualquier actitud auto interesada. Pero sobre todas las cosas, su valor simbólico más importante radica fundamentalmente en el hecho de haber unido a las potencias más allá de cualquier diferencia política en pos de un objetivo común y en beneficio de toda la humanidad por un lapso prolongado.

Para concluir, creemos necesario esbozar algunas consideraciones finales a las cuales hemos arribado tras el desarrollo de la investigación y que reconocemos como significativas para el abordaje de esta temática en futuros proyectos. En primer lugar, el hecho que la cooperación en el espacio exterior no responde únicamente a intereses coyunturales u objetivos particulares, sino que desde el primer momento que se comprobaron las capacidades para acceder al espacio la cooperación se resignificó como un elemento sustancial para impulsar el desarrollo y el avance científico –tecnológico en la exploración ultraterrestre. En segundo lugar, por el contrario, a esta naturaleza, se advierte una tendencia creciente a la individualización de las actividades espaciales y en consecuencia hacia el avance de una militarización del ambiente, por lo que un cambio de paradigma podría signar el futuro de los vínculos ultraterrestres.

Finalmente, y en consonancia con lo anterior, el escenario ultraterrestre se ha convertido cada vez más en una nueva plaza para las empresas privadas, que como nuevos actores con extensas capacidades surgen para desarrollar tecnologías e innovaciones que escapen a los programas espaciales y posibilidades de los Estados. Así bien podría plantearse una nueva realidad espacial integrada por diversos actores autointeresados, con su propia lógica de vinculación, y atravesada tanto por desafíos viejos como aún desconocidos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aliberti, M., & Lisitsyna, K. (2019). *Russia's Posture in Space*. Vienna: Springer International Publishing.
- Aparicio Gallego, J. (2012). Régimen jurídico internacional de las actividades espaciales. En *II Seminario sobre Actividades Espaciales y Derecho* (págs. 27-50). Madrid: Instituto Iberoamericano de Derecho Aeronáutico y del Espacio y de la Aviación Comercial.
- Bergin, C. (02 de 12 de 2011). *NASA Spaceflight*. Recuperado el 15 de 02 de 2024, de nasaspaceflight.com/2011/12/exploration-gateway-platform-hosting-reusable-lunar-lander-proposed/
- Bermúdez, Á. (13 de 10 de 2017). *Enfrentados en la Tierra, asociados en el cosmos: por qué pese a su rivalidad geopolítica Rusia y Estados Unidos cooperan en la exploración espacial*. Recuperado el 10 de 02 de 2024, de BBC Mundo: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-41520440>
- Birnbaum, N. (2016). Prisionero de la Casa Blanca, pero líder global. *Politica Exterior*, 38-49.
- Bologna, A. B. (2001). *Nuevas percepciones del sistema internacional en la posguerra fría*. Rosario: Centro de Estudios en Relaciones Internacionales de Rosario.
- Busso, A. (2003). *La política exterior americana a partir de la administración de George W. Bush: su impacto mundial y regional*. Buenos Aires: Centro de Estudios Internacionales, Universidad Torcuato Di Tella.
- Busso, A. (2006). *La decadencia americana: un debate recurrente que también afecta a George W. Bush*. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.
- C.U.P.U.O.S. (2012). *Sostenibilidad a largo plazo de las actividades en el espacio ultraterrestre*. Nueva York: Asamblea General de Naciones Unidas.

- Castro Villalobos, J. H. (2001). La Tercera Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Espacio Ultraterrestre y el Derecho. *Anuario Mexicano de Derecho Internacional*, 97-119.
- Chun, C. K. (2001). *Aerospace Power in the Twenty-First Century. A Basic Primer*. Colorado Springs/Alabama: United State Air Force Academy & Air University Press.
- Claudin, C. (2002). Putin en Occidente ¿Una apuesta estrategica? *Política Exterior*, 14-20.
- Clay Moltz, J. (2013). Space and strategy: from theory to policy. En E. Sadeh, *Space Strategy in the 21st Century* (págs. 15-38). London: Routledge.
- Clay Moltz, J. (2014). *Crowded Orbits: conflict and cooperation in space*. New York: Columbia University Press.
- Colacrai, M. (2001). Discusiones teóricas en torno al Poder en las Relaciones Internacionales. En M. Colacrai, *Relaciones Internacionales. Viejos temas, nuevos debates* (págs. 16-49). Rosario: CERIR.
- Cruz Zamorano, A. R. (2005). Rusia en el primer lustro del siglo XXI. *Revista Comercio Exterior*, 810-819.
- De la Camara, M. (2012). La política exterior de Rusia tras las elecciones presidenciales de 2012. *Rusia en la sociedad internacional*, 13-34.
- Del Arenal, C. (2008). *Mundialización, Creciente Interdependencia y Globalización en las Relaciones Internacionales*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Deudney, D. (2020). *Dark Skies: Space Expansionism, Planetary Geopolitics, & the Ends of Humanity*. New York: Oxford University Press.
- Dolman, E. (2005). *Astropolitik. Classical Geopolitics in the Space Age*. London: Frank Cass.

- Dueck, C. (2015). *The Obama Doctrine: American Grand Strategy Today*. New York: Oxford University Press.
- Edelkina, A., Karasev, O., & Velikanova, N. (2015). *Space Policy Strategies and Priorities in Russia*. Saint Petersburg: National Research University Higher School of Economics.
- Espaciales, O. d. (2005). *Soluciones Espaciales a los problemas del mundo*. Washington: Naciones Unidas.
- Evans, B. (2015). *The Twenty-First Century in Space*. Chichester, UK: Springer- Praxis.
- Gallagher, N. (2013). International cooperation and space governance strategy. En E. Sadeh, *Space Strategy in the 21st Century* (págs. 53-76). New York: Routledge.
- Gil Lobo, A. (24 de 10 de 2021). *El Orden Mundial*. Recuperado el 15 de 10 de 2023, de <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/dependencia-energetica-europa/>
- Haass, R. N. (2008). La era de la no polaridad: Lo que seguirá al dominio de Estados Unidos. *Foreing Affairs Latinoamerica*, 66-77.
- Halperin, J., & Schwarz, S. (Dirección). (2016). *A Year in Space* [Película].
- Harvey, B., & Zakutnyaya, O. (2011). *Russian Space Probes: Scientific Discoveries and Future Missions*. Chichester, U.K.: Springer - Praxis.
- Hasenclever, A., Mayer, P., & Rittberger, V. (1999). Las Teorías de los Regímenes Internacionales: situación actual y propuestas para una síntesis. *Foro Internacional*, 499-526.
- Held, D., & McGrew, A. (2003). *Globalización, Antiglobalización. sobre la reconstrucción del orden Internacional*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Iglesias Cavicchioli, M. (2019). The world's last best hope: el excepcionalismo americano y la política exterior de Estados Unidos en la era Obama. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, 161-185.

- Indyk, M. S., Lieberthal, K. G., & O'Hanlon, M. E. (2012). *Bending History: Barack Obama's Foreign Policy*. Washington D.C.: Brookings Institution Press.
- Jackson, N. J. (2018). *Outer Space in Russia's Security Strategy*. Vancouver: School for International Studies, Simon Fraser University.
- Jamschon Mac Garry, L. (2023). *La diplomacia espacial como forma de diplomacia científico-tecnológica: respuestas multidisciplinarias a desafíos globales*. Buenos Aires: Universidad de Belgrano.
- Johnson, C. D. (Octubre de 2011). Policy and Law aspects of International Cooperation in Space. United Kingdom & United States of America: International Institute of Space Law.
- Jussel, J. J. (1998). *Space Power Theory. A Rising Star*. Alabama: Air University Press - Maxwell Air Force Base.
- Keohane, R. (1988). *Después de la Hegemonía: Cooperación y discordia en la política económica mundial*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Keohane, R., & Nye, J. (1988). *Poder e Interdependencia*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Kissinger, H. (1975). *A New National Partnership*. Washington: Department of State Bulletin.
- Kissinger, H. A., & Schultz, G. P. (2008). Building on Common Ground with Russia. *Washington Post*.
- Kovalev, S. (2000). La Rusia de Vladimir Putin. *Politica Exterior*, 41-56.
- Krauthammer, C. (1990). The Unipolar Moment. *Foreign Affairs*, 23-33.
- Lachs, M. (1972). *The Law of Outer Space: An Experience in Contemporary Law-Making*. Leiden: Sijthoff.
- Laïdi, Z. (2012). *Limited Achievements: Obama's Foreign Policy*. New York: Palgrave Macmillan.

- Laruelle, M. (2015). *The "Russian World": Russia's Soft Power and Geopolitical Imagination*. Washington D.C.: Center on Global Interests.
- Launius, R. D. (2022). *NACA to NASA to Now: The Frontiers of Air and Space in the American Century*. Washington, DC: National Aeronautics and Space Administration, Office of Communications, NASA History Division.
- Lo, B. (2015). *Russia and the new World Disorder*. Washington D.C.: Brookings Institution Press.
- Logsdon, J. M., & Millar, J. R. (February de 2001). U.S. -Russian Cooperation in Human Space Flight Assessing Impacts. Washington, DC: Space Policy Institute. Institute for European, Russian and Eurasian Studies. Elliot School of International Affairs. The George Washington University.
- Logsdon, M. J., Day, D. A., & Launius, R. D. (1996). *Exploring the Unknown*. Washington, D.C.: NASA History Office.
- Manning, B. (1977). The Congress, the Executive and Intermestic Affairs: Three Proposals. *Foreing Affairs*, 306-324.
- Marín, D. (15 de 06 de 2011). *EUREKA. El Blog de Daniel Marín*. Recuperado el 20 de Enero de 2024, de danielmarin.naukas.com/2011/06/15/el-fin-del-programa-constellation/comment-page-2/
- Marín, D. (27 de 12 de 2012). *EUREKA. El Blog de Daniel Marín*. Recuperado el 15 de 02 de 2024, de danielmarin.naukas.com/2012/12/27/estacion-espacial-gateway-rusia-y-estados-unidos-en-la-luna/
- Marín, D. (02 de 03 de 2016). *EUREKA. El Blog de Daniel Marín*. Recuperado el 10 de 02 de 2024, de <https://danielmarin.naukas.com/2016/03/02/finaliza-la-mision-de-340-dias-en-la-iss-regreso-de-la-soyuz-tma-18m/>
- Marín, D. (12 de 08 de 2022). *EUREKA. El Blog de Daniel Marín*. Recuperado el 15 de 02 de 2024, de danielmarin.naukas.com/2022/08/12/diez-anos-de-curiosity-en-marte/

- Marín, D. (20 de 11 de 2023). *EUREKA. El Blog de Daniel Marín*. Recuperado el 05 de 02 de 2024, de danielmarin.naukas.com/2023/11/20/el-nacimiento-de-la-iss-25-anos-de-la-estacion-espacial-internacional-
- Marín, D. (17 de 05 de 2023). *EUREKA. El Blog de Daniel Marín*. Recuperado el 10 de 02 de 2024, de danielmarin.naukas.com/2023/05/17/venera-d-y-venera-v-dos-sondas-rusas-para-estudiar-venus/
- Mathieu, C. (2008). *Assessing Russia's Space Cooperation with China and India: Opportunities and challenges for Europe*. Vienna: European Space Policy Institute.
- McFaul, M. (2018). *From Cold War to Hot Peace*. New York: Houghton Mifflin Harcourt.
- Mestre, J. (2013). EEUU-Rusia: ¿Una nueva Guerra Fría en el horizonte? *Instituto Español de Estudios Estratégicos*.
- Millan Acevedo, N. (2012). *Cambios en las estructuras de poder: interdependencia y asimetrías en la era global*. Madrid: Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid.
- Morales, J. (2012). Las relaciones EEUU-Rusia: un balance de la política de reset. Madrid: Unidad de Investigación sobre Seguridad y Cooperación, Universidad Complutense de Madrid.
- Mundo, S. (12 de 04 de 2014). *Sputnik Mundo*. Recuperado el 10 de 02 de 2024, de es.sputniknews.com/20160412/putin-eeuu-rusia-espacio-1058594854.html
- NASA. (2014). *Global Reach: a view of NASA's International Cooperation*. Washington, D.C.: National Aeronautics and Space Administration.
- NASA. (15 de 02 de 2024). *Mars Odyssey*. Recuperado el 15 de 02 de 2024, de mars.nasa.gov/odyssey

- NASA. (02 de 2024). *Science NASA*. Recuperado el 10 de 02 de 2024, de science.nasa.gov/mission/lro/science-and-data/
- Neger, T., & Soucek, A. (2011). Space faring: a short overview of the present situation. En C. Brünner, & A. Soucek, *Outer Space in Society, Politics, and Law* (págs. 159-177). New York: Springer.
- O.N.U. (2002). *Tratado y Principios de las Naciones Unidas sobre el Espacio Ultraterrestre*. Nueva York: Naciones Unidas.
- O.N.U. (2023). *Inofirme de políticas de Nuestra Agenda Común 7: Para toda la humanidad - El futuro de la gobernanza del espacio ultraterrestre*. Nueva York: Organizacion de Naciones Unidas.
- Obama, B. (05 de 04 de 2015). Iran and the Obama Doctrine. (T. L. Friedman, Entrevistador)
- Obama, B. (2016). Renovar el liderazgo. *Poltica Exterior*, 7-20.
- Oberg, J. E. (1999). *Space Power Theory*. Alabama: Air University Press - MAXwell Air Force Base.
- Pavel, L. (2013). Outer Space as Russia's Soft-Power tool. *A Russian Journal on International Security*, 25-29.
- Pifer, S. (2009). *Reversing the Decline: An agenda for U.S-Russian relations in 2009*. Washington D.C.: Brookings.
- Pirateque Perdomo, P., & Martínez Cruz, D. A. (2021). Espacio exterior: el nuevo tablero de cooperación entre Estados Unidos y Rusia, el papel dominante de las empresas y su desarrollo en Colombia. *Revista científica en Ciencias Sociales e interdisciplinaria*, 155-173.
- Rose, F. A. (22 de September de 2016). Strengthening International Cooperation in Space Situational Awareness. Maui: Maui Economic Development Board.

- Sadeh, E. (2004). *Space Politics and Policy: An Evolutionary Perspective*. New York, Boston, Dordrecht, London, Moscow: Kluwer Academic Publisher.
- Samson, V. (2009). Making a Mark in Space: An Analysis of Obama's Option For a New U.S. Space Policy. *Arms Control Today*.
- Samson, V. (29 de September de 2010). *The 2010 Obama Space Policy: sustainability, international engagement, and stability in space*. Recuperado el 06 de 2023, de http://swfound.org/media/1759/obama_spacepolicy_analysis_vs.pdf
- Sandalinas, J. (2010). Art IX of the Outer Space Treaty and Peaceful purposes: Issues and Implementation. *The 5th Eilene M. Galloway Symposium on Critical Issues in Space Law*.
- Santa Cruz, A. (2017). La hegemonia estadounidense es lo que el presidente hace de ella: política exterior y multilateralismo durante las administraciones Obama. *Estudios Internacionales - Universidad de Chile*, 85-107.
- Santos Vieira de Jesus, D. (2013). Entre nebulosas e buracos negros: a política espacial dos EUA o controle de armas no governo Obama. *Revista Escola Guerra Naval*, 355-370.
- Schrogl, K.-U., Spyros, P., & Baranes, B. (2011). *Yearbook on Space Policy 2009/2010: Space for Society*. Viena: Springer Wien New York.
- Sheenan, M. (2007). *The International Politics of Space*. New York: Routledge.
- Singh, R. (2012). *Barack Obama's Post-American Foreign Policy*. New York: Bloomsbury Academic.
- Stent, A. E. (2014). *The Limits of Partnership: U.S.-Russian relations in the Twenty-First Century*. New Jersey: Princeton University Press.
- Süssmann Herrán, N. (2013). El Tratado de 1967: la extensión y garantía del mantenimiento de la paz y la seguridad internacional en el espacio. *Revista de Derecho, Comunicaciones, y Nuevas Tecnologías*.

- Telman Sanchez Ramírez, P. (2010). La Federación Rusa y su entorno geopolítico en los nuevos arreglos mundiales de poder. *Revista SciELO Analytics*.
- Tokatlian, J. G., & Pardo, R. (1990). La teoría de la interdependencia: ¿Un paradigma alternativo al realismo? *Estudios Internacionales*, 339-382.
- U.N. (2017). *International Space Law*. Vienna: United Nations.
- Voronina, A. (2016). *The How's and Why's of International Cooperation in Outer Space: International Legal Forms of Cooperation of States In Exploration and Use of Outer Space*. Lincoln: University of Nebraska.
- Withe House, U. (2010). *National Space Policy*. Washington: Seal of the Presidente of the US.
- Zak, A. (18 de Noviembre de 2022). *Russian space program in the 2010s: a decadal review*. Recuperado el 06 de Noviembre de 2023, de http://www.russianspaceweb.com/russia_2010s.html
- Zamorano, C. (2005). Rusia en el primer lustro del siglo XXI. *Revista Comercio Exterior*, 810-819.
- Zubelzú, G. (2004). El liderazgo de Vladimir Putin. *Revista Criterio*.